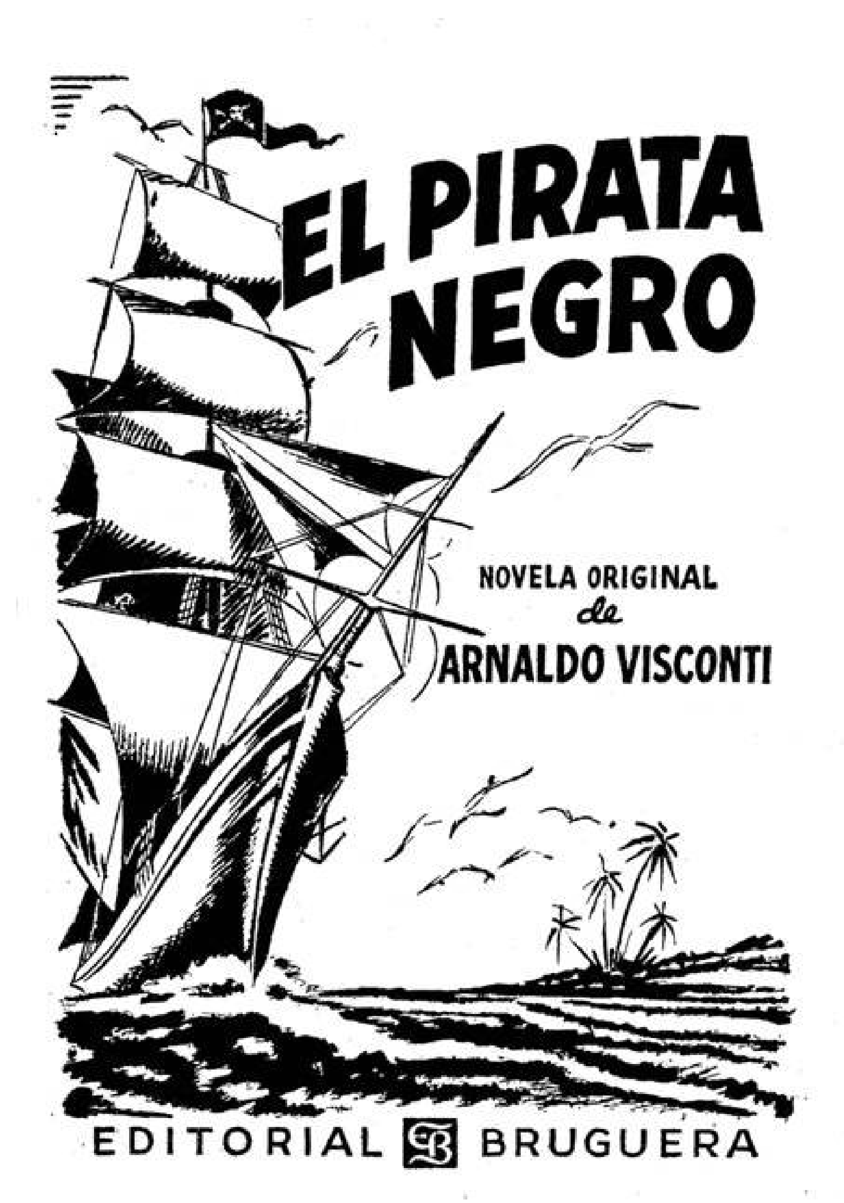
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

PROVENSAL

3 PTAS

LA MUJER VAMPIRO


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La mujer vampiro

Colección El Pirata Negro n.° 39

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


la MUJER VAMPIRO

CAPÍTULO PRIMERO

"**Un Bussy nunca mintió**"

La actividad reinaba en las calles adyacentes al gran mercado parisino del Rond Point de la Villette.

Por los muelles que a derecha e izquierda flanqueaban el Sena, descendían las carretas que procedentes del campo, iban a descargar sus mercancías allí.

De las cestas que los campesinos iban trasladando de sus carretas al empedrado del mercado, elevábase la cacofonía formada por los cacareos irritados de las aves de corral.

Por entre las hortalizas, frutas y pellas de manteca extendidas sobre anchas hojas de vegetales, desfilaban las campesinas con sus jarras de leche recién ordeñada.

Intercambiábanse saludos, y de vez en cuando, brotaban discusiones pronto acalladas por los robustos descargadores del mercado.

Todo era actividad en aquella temprana hora del amanecer de un día otoñal, y el cortante airecillo fresco se impregnaba de distintos aromas, según fuera el espacio por el que circulaba.

En el exterior del muelle de Saint-Martin olía a hierba y heno en mezcla con efluvios de tierra húmeda que las ruedas de las carretas y las pezuñas de los bueyes habían traído desde la campiña.

En el muelle de la Loire, el ambiente se hacía menos grato, al combinarse las emanaciones del pescado con el vaho pestilente de las jaulas de gallinas, palomos y los charcos en que retozaban —con cómica dignidad los patos y las ocas.

La atmósfera era más agradable en el principio de l’Avenue de la Chapelle, donde las tahonas despedían un calorcillo fragante que atraía a los míseros hambrientos; éstos, con su moneda de cinco

céntimos celosamente guardada en la palma de la mano, aguardaban trocar el fruto de su temprana mendicidad por la caliente hogaza de pan.

De las varias tabernas cercanas, dos de ellas rivalizaban en servir copiosos desayunos a los elegantes trasnochadores que consideraban de buen tono afectar cierta condescendencia en codearse con los trabajadores del mercado.

Pero uno de los que asiduamente frecuentaban la taberna sita en la esquina de l'Avenue de la. Chapelle con el Rond Point de la Villete, a la hora del desayuno de los madrugadores o de los que aún no se habían acostado, era un sujeto que daba la sensación de ser un siniestro personaje.

Acudía todas las mañanas, a las seis, y era servido por el propio dueño en persona, que se deshacía en muestras de silenciosa deferencia, porque su parroquiano había declarado una vez que cuando se levantaba de la cama, sentía siempre deseos de estrangular a alguien, impulso que no le abandonaba hasta bien, entrada la mañana.

Podía muy bien tratarse de una chanza, pero nadie quería comprobarlo. Y por eso todos saludaban en silencio al extraño personaje, que tenía instalado su domicilio y su afamada academia de esgrima en las cercanías del Rond Point de la Villete.

Temida por los noctámbulos, que ante ella refrenaban sus lenguas, y respetada por los trabajadores del mercado, 1a figura de Bussy Leclerc, el madrugador maestro de armas, era de por sí llamativa y detonante.

Hombre de unos treinta y cinco años, muy alto y flaco, de piel pálida, casi cadavérica, que aun resaltaba más en contraste con la peluca de cortos cabellos rizosos y negrísimos, vestía calzas muy ajustadas que ponían de relieve las piernas fibrosas y nervudas.

La malla que ajustábase alrededor de su busto musculoso y enjuto era también de color verde botella, al igual que la redecilla con que cubría los rizos de su peluca desde la coronilla hasta la nuca.

Calzaba medias botas de flexible cuero lustroso y una larga espada, atada por su punta al principio de la bota, y tocándole la empuñadura el sobaco izquierdo, sosteníase rígidamente en su funda.

El rostro magro, de afilada nariz y delgados labios, ostentaba unos ojos grises, levemente bizcos y muy juntos en sus comisuras.

Efectuaba siempre su abundante desayuno a solas. Por eso, cuando entró en compañía de otro personaje, para el dueño de la taberna fue como si Bussy Leclerc hubiese quebrantado una costumbre inveterada.

Pero cuando vio el atuendo del que acompañaba al afamado espadachín, comprendió que en realidad aquel era el único caballero en lodo París que podía jactarse de intimidad con el arisco Leclerc.

El que se dirigía a la mesa reservada para el asiduo cliente, enlazado su brazo al del larguirucho maestro de armas, era también un personaje llamativo.

Andaba como un bailarín, pisando suave y sobre la punta de sus bota» de felpuda piel blanca de altísimos tacones. Ceñían sus piernas unas calzas rojas chillonas, y el ancho torso estaba recubierto por un jubón da malvas tonalidades, que entreabierto mostraba dijes, encajes y colgantes camafeos.

El blanco chambergo ostentaba una enorme pluma roja y azul. Pero lo que de soslayo y rápidamente miraron los concurrentes, fue la “insignia” famosa en todo París: los múltiples lazos de distintos colores que colgaban del hombro izquierdo, rozándole el antebrazo. Cada uno de ellos simbolizaba un caído en el campo de duelo, bajo la espada del que era extremadamente quisquilloso.

—Es Bussy d’Amboise-susurró un vinatero a oídos del campesino que le preguntaba.

El tabernero acudió presuroso a inclinarse ante la mesa en que acababan de acomodarse los dos hermanes Bussy.

Bussy Leclerc limitóse a levantar.su mano izquierda entreabriendo el índice y el dedo medio. Marchóse el tabernero a encomendar a sus marmitones un esmero especial en la confección del doble desayuno.

Bussy d’Amboise, fruncida la nariz, dióse aire con sus encajes, delicadamente. Habló con voz aguda:

—Plebeyos son tus gustos, Bussy Leclerc.

—Resido cerca, y aquí se come mejor que en Palacio, Bussy d’Amboise —replicó con voz enfática y cavernosa Leclerc,

—A fe mía, que de no ser por el asunto pendiente que tenemos

cutre manos, no estaría aquí.

El aniñado semblante de Bussy d'Amboise, de sonrosadas mejillas, negros ojos fieros, rubios cabellos y corta perilla estrecha, manifestaba a las claras que le disgustaba el ambiente.

Ambos hermanos desayunaron en silencio y demostraron que poseían estómagos amplísimos. Terminó primero Leclerc, que apartó su escabel de la mesa, tendiendo sus largas piernas con un suspiro de satisfacción

—Madrugar y acostarse temprano son costumbres que mantienen invencibles mis muñecas-dijo Bussy Leclerc.

—Me acueste cuando quiere y sólo madrugo para acudir a citas tempranas-replicó su hermano engallándose, mientras apartaba su plato y el vacío tazón. —Y todavía nadie en París puede decir que las muñecas de Bussy d'Amboise son inferiores a las tuyas.

Mutuamente, los dos hermanos miraron cariñosamente sus muñecas: anchas y cubiertas de rubio vello las de d'Amboise y estrechas y musculosas las de Leclerc.

—Vámonos-dijo Leclerc lacónicamente poniéndose en pie.

—El hecho de que seas mi mayor, no te autoriza, a emplear tonos imperativos con Bussy d'Amboise. Te acompañé hasta tu academia, donde dejaste a tus mozos de espada (que reconozco supieron portarse bien esta noche) y he venido a desayunar aquí, invitado por ti. Pero todavía no sé qué te propones ni dónde vamos, Bussy Leclerc.

—Estirar las piernas es ejercicio grato a hora temprana, después d» un buen desayuno. Es mi ejercicio habitual, d'Amboise. Y hoy pienso prolongar mi paseo hasta los alrededores del Palais Royal.

—No cuentes conmigo. He pasado una noche en vela y quiero dormir. Pero no me iré sin antes oír tus explicaciones.

—Por el camino te daré cuantas explicaciones desees, d'Amboise.

—El Palais Poyal está lejos, Leclerc. Supone tres cuartos de hora de caminata. No traje caballo y es mucho camino.

—¿Fatigado, d'Amboise? Inconvenientes de ser un trovador de corte y un palaciego desordenado.

—¿Fatigado yo? —y Bussy d'Amboise se puso en pie impetuosamente, mesándose la perilla nerviosamente.— Da gracias a que eres un Bussy, Leclerc. De lo contrario añadiría un lazo a mi

hombro. ¡Vamos donde quieras! ¡Y si tal es tu capricho, recorreremos todas las calles de París hasta que tú mismo caigas reventado! ¡Voto al cuerno que me enfurece tu osadía!

Bussy Leclerc salió de la taberna, andando acompasadamente, con vaivén de hombros. No perdió un ápice de su flema, mientras a su lado, Bussy d'Amboise despidiendo fuego pos los ojos, aguardó alguna réplica.

A los cinco minutos de marcha, Bussy Leclerc habló:

—Varios son los lemas que París refrendó en nuestro blasón, d'Amboise.

—"Galante como un d'Amboise", —recitó halagado el propio d'Amboise, resplandeciente el aniñado rostro.

—"La valentía de un Leclerc no tiene parangón".

—"Bussy soy, al peligro voy".

—Y esta noche he oírlo uno nuevo, d'Amboise-evocó Leclerc, entornando los párpados. —Un valiente dijo que si volviera a la cuna y le dieran a escoger entre ser Luis Rey o Bussy caballero, le pondrían en un aprieto.

—¡Magnífico! —exclamó d'Amboise.— Haré que un pendolista lo escriba. ¿Qué te parece, por ejemplo: "Si Luis y rey no fuera, ser un Bussy quisiera"?

—No está mal. El Rey se sentirá halagado-dijo Leclerc con hondo convencimiento. —¿Sabes quién halló tan feliz comparación?

—Tú hablaste de un valiente. Sólo puedes reconocer tal calidad propia de los Bussy en e1 español de piel bronceada, que tan hábilmente manejó el estoque con nosotros.

—Eso es. Me refiero al caballero Lezama.

—Bravo gesto el suyo, casi digno de un Bussy, el haberse entregado voluntariamente al capitán Grinchon, para evitarle un contratiempo. Te confesaré que aprecio al caballero Lezama y también a su pelirrojo amigo.

—No podemos pues dejarles a la merced de unos hombres de leyes. Ya sabes lo que son esos cuervos covachuelistas que viven de la pluma de ave empapada en tinta.

—Dura es la calumnia que en ellos se cebó.

—Escucha, d'Amboise: ¿Qué pensarías de un hombre que empleando tan sólo la izquierda y colocando tras sus botas la capa, para no retroceder, lograra desarmar en duelo a muerte al mejor de

mis discípulos?

—Diría que es algo imposible.

—Lo hizo el caballero Lezama con e1 conde de Hirson, mi mejor discípulo. A Hirson de nada le hirvieron las más secretas estocadas que yo le enseñé.

—Ahora comprendo por qué defendiste con tanto tesón la inculpabilidad del español. Un hombre que maneja así la espada es incapaz de acción deshonrosa.

—Y. afirmó Lezama que su amigo el pelirrojo es el único que le resistió horas y horas en duelo a muerte. Por lo tanto, tampoco puede haber maldad ni feas acciones en el que llaman el marqués de Avapiés.

—¿Dónde encaminas tu razonamiento, Leclerc?

—Si ambos afirman que no mataron a Rochefort, es que así es. ¿Empeñarías con la mía tu palabra de honor, defendiéndoles?

—Apoyé con el estoque tu defensa Un Bussy nunca defiende una causa injusta.

—Y otro de los lemas dice: “Un Bussy nunca mintió”. No mentiremos pues al afirmar que los dos españoles no pudieron dar muerte al barón de Rochefort. ¿Querías saber dónde nos dirigíamos? Vamos al domicilio particular de “monsieur” de la Bruyère.

—¿El Secretario Real de justicia?

—El mismo.

—Se sentirá muy complacido de quo nosotros dos le visitemos. ¿Con qué finalidad vamos a verle?

—Empeñaremos ante él nuestra palabra de honor de que los dos españoles son enteramente ajenos a la muerte de Rochefort.

—Bueno. No tengo inconveniente. Ante quien sea juro que creo de todo corazón incapaces de cometer tal crimen a los dos españoles.

—Es preciso más, D’Amboise. ¿Por qué prosperó la acusación? Porque alguien de alcurnia dio su palabra de honor al efectuar la denuncia. Y el caballero Lezama me dio la explicación de los hechos. El y su amigo se separaron de Rochefort en los Campos Elíseos. Rochefort se fue con Hirson y Laon. Los dos españoles quedáronse hablando por espacio de un cuarto de hora y después se dirigieron rectamente al domicilio de los Youpin, que moran en el

establecimiento. “Au bon viveur”. Allí conversaron con Raquel Youpin, en su despacho, y después, en la bodega del propio establecimiento, pusieron fuera de combate a los cinco maestros de armas de David Youpin.

—¡Diantres! ¡Brava hazaña!

—Apenas habían terminado tal gesta, el capitán Grinchon acudió a detener ni español pelirrojo, acusándole de la muerte de Rochefort. Y ahora haremos saber al señor de la Bruyère que la acusación es falsa, porque tú estuviste con los dos españoles en los Campos Elíseos, desde el momento en que Rochefort y sus dos testigos.

—Yo estaba durmiendo, Leclerc. Y a las ocho y cuarto me despertó Riquette, la que prepara mi yantar, para decirme que a las ocho y media estaba citado con Câline, la zíngara.

—Tú acudiste a las siete y media al Campo Elíseo en la Fuente de Diane de Turgis, donde estabas citado con los dos españoles. Te fuiste a las ocho, y entonces yo acompañé a los dos españoles hasta el umbral de la Rue Lapic donde está sito el establecimiento “Au Bou Viveur”, permaneciendo a la espera hasta que Grinchon detuvo al pelirrojo.

—¿No es mentir eso, Bussy Leclerc?

—¡Diantres que no! He quedado de acuerdo en el español Lezama en que todo fue como acabo de decirte. Y no hay mentira en sustentar con la palabra de honor, aquello en que ciegamente se cree. ¡Estuvimos con los dos españoles! ¿No acusan a Câline, tu amada, de complicidad en el repugnante crimen? Defendiéndolos a ellos, la defiendes a ella. ¿No estarías dispuesto a jurar que Câline es por completo ajena a todo?

—Alma y vida me jugaría en el empeño. .

—Queda, pues, todo en orden. Recuerda lo que nos decía Bussy segundo: “Un Bussy nunca mintió”.., y añadía: “porque cuando lo hizo fue en defensa de la verdad”.

CAPITULO II

El correo real, dos huéspedes y el privilegio ducal

Georges la Bruyère revistió prestamente su acolchada bata encima del camisón, cuando su ayuda de cámara declinó los nombres de los dos visitantes que a hora tan temprana solicitaban ser recibidos por el secretario de justicia de Su Majestad.

Sin nobleza de títulos heredados, la estirpe de los Bussy era en París más respetada que el abolengo de los legítimos aristócratas, desde que el primero de los Bussy, anta la oferta real de añadir un marquesado a su nombre en recompensa a valiosos servicios en el campo de batalla, había replicado con amable altivez:

—“Beso las manos de Su Majestad y pido la merced de que habiendo nacido Bussy a secas, todos los Bussy sirvan al Rey sin otro título que el nombre que de madre ostentan”.

Y las sucesivas generaciones de Bussy, dieron idéntica réplica a los ofrecimientos reales. Los Luises que en el tiempo se sucedieron, a veces se irritaron ante la terquedad en rehusar pergaminos, pero siempre terminaron por hablar con benévola ironía de los que, siendo vasallos quisquillosos, constituía n un pintoresco ejemplo para los cortesanos ávidos siempre de acumular prebendas y blasones.

Georges la Bruyère, como hombre de Estado, compartía el favoritismo que el Rey sentía hacia los hermanos Bussy. Particularmente, sentía un gran afecto por Bussy Leclerc, desde que éste había declarado públicamente que cualquier comentario tendencioso que se hiciera contra la indiscutible probidad y honradez de Georges la Bruyère sería ofensa que consideraría personalísima.

La fama acrisolada de honestidad del secretario, no necesitaba

quizá de este eficacísimo apoyo, pero se consolidó. "Un Bussy nunca defendía la sinrazón"...

Eu el suntuoso despacho privado, los des hermanos se pusieron en pie al entrar La Bruyère con las manos tendidas y el rostro sonriente.

—Grato despertar, señores Bussy, e1 que me permite estrechar vuestras manos. Caros sois ambos de ver y no prodigáis el favor de ser oídos. ¿En qué puedo serviros?

—Grave es el asunto que aquí nos trae-dijo enfáticamente Bussy Leclerc tomando asiento, mientras su hermano quedaba en pie tras el sillón por él ocupado —. No acudimos antes a visitaros, porque ignorábamos que la calumnia se había cebado en dos personas a quienes d'Amboise y yo profesamos amistad.

Georges La Bruyère asumió el aspecto de un hombre sinceramente interesado, y Bussy Leclerc, bizqueando con severo semblante, y dando un tono aun más sombrío a su voz cavernosa, añadió:

—Emplazamos solemnemente ante vos en particular como representante de Luis y ante Paris en general, citándolo como perjuro y falsario, a quien no vaciló en deshonrarse acusando a dos personas de quienes damos fe d'Amboise y yo.

—Aclaradme, por favor, Leclerc, el asunto al cual aludís, que gustoso pondré a la firma del Rey vuestra queja.

—Declaro falsedad la acusación que pretende inculpar de la muerte de Rochefort a dos caballeros españoles.

La sonrisa afectuosa con la que Georges la Bruyère escuchaba al espadachín, borróse instantáneamente de su faz, trocándose en un gesto de asombrada alarma.

—¿No os referiréis a los que han de ser juzgados por el Tribunal, como reos de lesa majestad y encantamientos, a las once de hoy en la Alta Cámara de la prisión del Chatélet?

—A esos dos caballeros me refiero.

—Pero... tened en cuenta, Leclerc, que yo no os sé negra nada. pero...

—Nunca pido nada. Sólo hablo cuando es menester y sabedor de lo que digo y sostengo-afirmó Leclerc severamente.

—Me hago eco de las palabras de Bussy Leclerc-dijo d'Amboise engallando la cabeza y proyectando hacia adelante su perilla en

ademán retador.

—No os irritéis, señores. Quise tan sólo hacer constar la magna gravedad del suceso al cual aludís. Personaje de mucha alcurnia es el que sostiene que los dos españoles dieron muerte en complicidad con dos zíngaros al barón de Rochefort.

—Sólo el Rey nos iguala en alcurnia-rebatió Leclerc-y si el Rey fuera quien sostuviera la acusación contra los dos españoles, dos Bussy la refutarían.

—No dudo que muy importante de ser la prueba que aportáis en contra del denunciante.

—Mi palabra de honor-dijo Bussy d'Amboise.

—Y la mía-añadió Leclerc —. Toldadla por escrito si queréis y que sepa. Luis que los Bussy declaran por su honor y en bien de la justicia francesa, que el caballero Lezama y el presunto marqués de Avapiés, son totalmente ajenos a la muerte de Rochefort y o cuantas repugnantes intrigas quieren manchar el nombre de quienes los Bussy consideran amigos.

—Me basta con vuestra palabra, señores. ¿Puedo añadir, cuando Su Majestad me reciba en audiencia a primera hora de la mañana, algún argumento que corrobore vuestra afirmación?

—Decidle simplemente a Luis que el denunciante, sea quien sea, miente con vileza y falsía, porque mientras Rochefort era asesinado, los dos españoles estaban conmigo, y antes, apenas se hubieran separado de ellos, Rochefort, Laon e Hirson, estaban con mi hermano.

—Me basta, me basta-apresuróse a decir La Bruyère —. Claro le costará a quien denunció tamaña falsedad. Solicitaré audiencia de Su Majestad a las nueve y enviaré correo real al Chatelet para que...

—Un instante, La Bruyère. Los inculpados tienen que saber quién es el denunciante. Y como éste sólo aparecerá públicamente como testigo, el correo del Rey, portador del mensaje en que se refute la acusación, debe irrumpir en la sala del Chátélet, en el momento en que el denunciante se dé a conocer ante el Tribunal. Es favor que os pido.

—Instruiré al correo real, para que así lo haga.

—Y estimo que, y como desagravio, los dos españoles deben ser dejados libres de intentar por sí mismos la aclaración de la macabra intriga que les envolvió. Decidle a Luis que los dos españoles deben

ser considerados huéspedes de los Bussy.

Nadie en París osaba evidenciar el engreimiento con que los Bussy citaban repetidamente su nombre. Y mucho menos lo hizo La Bruyère, que consideraba natural que tanto se jactasen de ello los que habían rechazado pingües prebendas y títulos.

—Se hará tal como pedís, señores Bussy. Y os invito a ambos a acudir a las cinco de la tarde a la audiencia Real.

—¿Para qué? —inquirió d'Amboise.

—Lo exige la Ley. Cuando un denunciante en cuya palabra de honor se confía, es declarado falsario por caballeros indiscutiblemente veraces, deben acudir ante el Rey y sostener sus palabras de honor. Simple trámite, señores Bussy. Bien cierto estoy, de que el denunciante tratará de huir o darse muerte antes que ratificar su acusación ante Su Majestad.

—¡Qué duda cabe! —dijo d'Amboise—. Ahora, Leclerc, vayámonos. Tengo sueño y quiero dormir. ¡Buenos días, La Bruyère.

Despidiéronse ambos hermanos del Secretario Real de justicia y en la calle, Bussy d'Amboise señaló la dirección opuesta a la que tomaba Leclerc.

—Voy a mi lecho, Leclerc. Hasta, esta tarde a las cinco en el palacio de Luis.

—Hasta esta tarde a las cinco, Bussy d'Amboise.

Ambos hermanos se separaron, ignorantes de que, por vez primera en la historia de los Bussy, incumplirían su cita...

A las once de la mañana llegó un jinete ante la cancela de la guarnición exterior de la prisión de le Chatélet.

Los dos mosqueteros de guardia que se disponían a atajarle el paso, batieron las rejas con el pomo de sus espadas, exclamando:

—¡Paso al correo del Rey!

La cancela se abrió, dándole paso. Tenía paso libre por doquier, y le servían de salvoconducto su especial uniforme amarillo y el tahalí que llevaba en bandolera con un emblema de luises formado por pequeños diamantes.

Descabalgó, y de la cartuchera en que; remataba el tahalí, extrajo ira pergamino arrollado; con él en la diestra, avanzó requiriendo:

—Por orden del Rey, sea yo conducido, sin tardanza ni demora, á la Alta Cámara donde está reunido el Tribunal.

* * *

Carlos Lezama y Diego Lucientes, al ser interrogados por el Tribunal de los tres encapuchados, contestaron a tono con sus propósitos de evitar el tormento, reconociéndole culpables de los delitos que se les achacaba.

Y bajo su capucha, el acusador tomó la palabra, manifestando que, contra lo que era usual en su cometido, debía hacer constar al tribunal que les dos acusados, tras evadirse de la prisión, habían regresado a ella voluntariamente, para manifestar con ello, en forma práctica, que se consideraban totalmente libres de culpa.

El presidente rebatió las palabras del acusador, aduciendo que ambos españoles acababan de reconocerse culpables, a lo cual el acusador real, "Monsieur" de Saint-Just, replicó que ara una actitud muy lógica, ya que con ello no hicieron más que eludir el oficioso trámite del tormento que so aplicaba a los que negaban. Y exigió la presencia del testigo principal: el denunciante.

Fue entonces cuando, inesperadamente, uno de los en capucha dos que formaba parte del Tribunal se levantó, y descendiendo del estrado, quitóse la capucha, que dejó colgante a sus espaldas.

Mostró un rostro enjuto, de labios casi invisibles, incoloros, y piel extremadamente lívida. La afilada nariz y los ojos anchos y luminosos, rodeados de profundas ojeras violáceas, prestaban a sus rasgos cierta belleza afeminada.

Era totalmente desconocido para el Pirata Negro y Lucientes el que ahora declaró ser el duque Retors y se ratificó en su denuncia, acusándoles de la muerte del barón de Rochefort.

Monsieur de Sant-Just quitóse la capucha y reconoció que, en vista de la ratificación del duque Retors, cuya palabra de honor no podía ser puesta en tela de juicio, los dos acusados debían ser ejecutados sin demora en plaza pública y a fuego lento de hoguera.

Fue entonces cuando hizo acto de presencia el correo del Rey, que, debidamente asesorado, aguardaba junto al umbral.

Los dos mosqueteros que guardaban la puerta abierta, repiquetearon con los pomos de sus espadas contra los maderos, exclamando:

—¡Paso al correo del Rey!

—¡Mensaje Real para el señor acusador!

El acusador rompió apresuradamente los lacres que presentaban

el emblema de los luises de Francia y leyó:

> “En nombre de Su Majestad, yo, Georges la Bruyère, secretario de Justicia, ordeno la suspensión del juicio sumarísimo seguido contra los españoles Lezama y marqués de Avapiés”.
>
> “Los Bussy nunca mintieron, y ambos hermanos afirman, bajo palabra de honor, que los presuntos inculpados estuvieron permanentemente alejados del lugar en que halló la muerte Rochefort, pues desde el momento en que éste se separó de ellos en los Campos Elíseos, permanecieron en compañía de los Bussy.
>
> “Emplácese, pues, al denunciante ante Su Majestad, a las cinco de esta tarde, custodiándolo si preciso fuera, hasta tal hora.
>
> “En nombre del Rey, su secretarle de Justicia,
>
> Georges la Bruyère”

El mensaje fue leído por el presidente, quien en alta voz y con adusto ceño, se encaró con el lívido y enfermizo personaje.

—¡Duque Retors! ¡Ante el Rey responderéis hoy de vuestra denuncia!

“Monsieur” de Saint-Just exigió al capitán de mosqueteros que diera custodia al duque, pero el aristócrata alzó la diestra.

—Hago presente al Tribunal que tengo privilegio de pleno uso de mi libertad, mientras el propio Rey no ordene personalmente y con su propia firma mi encarcelamiento.

Destellaban los anchos ojos siniestros del noble, que, sin mirar a los dos españoles, añadió:

—Abandono la sala, y estaré en mi palacio, hasta la hora en que he de presentarme ante el Rey.

“Monsieur” de Saint-Just detuvo al capitán de mosqueteros, que se dirigía a interceptar el paso al duque Retors.

—¡Paso franco al duque Retors! —exclamó—. Tiene el privilegio ducal que invoca!

El aristócrata abandonó rápidamente la estancia y “Mousieur” de Saint-Just se acercó al estrado donde, cercanos al verdugo,

Carlos Lezama y Diego Lucientes, brazos cruzados, aguardaban e! desenlace de la escena tan inesperada para el denunciante.

—Os ruego, señores, que tengáis la bondad de consideraros bajo la amistosa custodia del capitán Grinchon.

—Muy complacidos, señor-saludó el Pirata Negro —. Y os agradezco que con justicia hicierais resaltar nuestra voluntaria entrega.

—No hice más que cumplir con mi conciencia-y bajando la voz, "Monsieur" de Saint-Just añadió con tenue sonrisa: —Puedo perdonar mis pesadillas nocturnas, en consideración a que con ellas se ha evitado la consumación de un trágico error judicial.

La alusión a la accidentada noche transcurrida, hizo que el Pirata Negro sonriera.

—Os deseo, que siempre, señor de Saint-Just, vuestros sueños sean beatíficos y de merecido reposo, Os seguimos capitán Grinchon.

Mientras descendían las.escaleras, el mosquetero tendió la diestra. Estrechó sucesivamente las manos de Lezama y Lucientes.

—Todo se ha solucionado, señores.

Y lo celebro. Ahora, como habéis oído, me haréis el honor dé consideraros mis invitados hasta esta tarde a las cinco, en que no dudo vendrá la definitiva orden de libertad.

Pero en la puerta del cuerpo de guardia, el correo Real se colocó ante el mosquetero.

—Capitán Roger Grinchon-dijo —, Mensaje para vos de vuestro coronel.

Roger Grinchon leyó en voz alta, tras entrar en el cuerpo de guardia.

> "Coronel Jacques de la Fournaise a capitán Roger Grinchon.
>
> "De acuerdo con la comunicación que me ha dirigido el Secretario Real de Justicia, os ordeno manifestéis a los caballeros españoles encomendados a vuestra amable custodia, que pueden considerarse totalmente libres de transitar por la capital y ausentarse si lo precisan, ya que, por ser huéspedes de los hermanos Bussy, quedan relevados de toda responsabilidad.

“Cumplid y dadme parte.

”Jacques de la Fournaise”

Dobló Grinchon el pergamino firmado, y sonrió abiertamente.

—Habéis oído, señores. No os retengo ni un solo instante más.

Despidiéronse Lezama y Lucientes, y cuando ya estaban alejados de los grises murallones tétricos del Chatélet, el madrileño murmuró:

—¿Dos caballos, señor y rumbo a Burdeos hacia tu “Aquilón”?

—¿Por qué esas prisas, estudiante? Al menos daremos las gracias a los Bussy, ¿no?

—Indudablemente. Ahora mismo, señor.

—No tantas prisas. Ellos dormirán que bien ganado lo tienen después de la noche en vela. Esta tarde, después de que hayan accedido a sostener su palabra ante el Rey, cumpliré lo prometido. Cuatro asaltos con Bussy Leclerc, y con gran placer le revelaré alguna de mis estocadas secretas. Se lo merece. Y para que su amor propio quede satisfecho, le pediré a cambio que me dé a conocer alguna de las suyas.

—No me gusta nada, pero absolutamente nada...

—¿Desvarías? ¿No aprecias al que por el privilegio de su palabra, nos sirvió de abogado defensor?

—Me refería al duque ese del privilegio que tan oportunamente invocó. Deseos tuve de saltarle encima y machacarle el rostro con esta manopla.

Y agitó Lucientes su mano izquierda, donde el terciopelo ocultaba el hierro.

—¿Crees acaso que no tuve yo que clavar mis tacones en el entarimado para no patear al infame embustero? Pero, por el instante su muerte sería prematura, estudiante. Es un desconocido. Nada le debemos ni nos debe. ¿Por qué nos acusó?

—“¡Velay!”, dirían en Valladolid. ¿Por qué?.. Pero preferiría hacerme esta pregunta pisando la cubierta de tu velero y rumbo al anulado mar Caribe.

—Es mi obligación demostrar a los Bussy que supieron defender como siempre una causa justa.

—¿Dónde vamos ahora, señor?

—A visitar a la que yo creo culpable e instigadora...

—¿A... a Raquel Youpin-preguntó Lucientes, atragantándose.

—¿Te causa miedo una mujer?

. —Confieso que si... porque no puedo desfogarme atizándole paliza... y porque ¡ya está! ¡Ahora veo por qué el duque Retors me causó cierto temorcillo inexplicable! Tiene gran semejanza con la judía... Hay en los dos un indefinible y horroroso estigma, y no sé cómo hacerte comprender que la sensación que experimento ante ellos es pánico de criatura perdida en el bosque por la noche. Se me antoja que ambos no son seres humanos...

Rió brevemente el madrileño en son de excusa.

—Excusa mis temores, señor. Me han extraviado con tanto acusarme de brujería, y bebedores de sangre que... ¡Repámpanos!

El Pirata Negro rió también, pero con carcajada brutalmente sardónica.

—Tate, estudiante... Has tardado, pero, por fin has dado en el clavo, ¡El duque Retors y la judía Raquel son vampiros humanos!

Diego Lucientes se estremeció, y al fin, encogiéndose de hombros, se detuvo ante el Pirata Negro.

—¿No estarás hablando en serlo, hidalgo Lezama? ¿Tú, el valiente sin miedo, el hombre culto, invocas inexistentes monstruos, forjados por mentes asustadizas y supersticiosas? Los vampiros no existen, te lo afirmo.

—Allá en el Caribe tuve a bordo un hombre exangüe. Procedía de balsa que navegaba a la deriva ante la costa de Florida. Murió porque en sus venas apenas quedaba sangre. En el cuello presentaba dos orificios minúsculos... como les que dicen tenía Rochefort...

—Pero, señor... Bien sabes que en La Florida hay unos murciélagos que atacan al hombre en su sueño y no discuto que son bebedores de sangre humana.

—¿Estamos en París o en La Florida?

—¡Es imposible! ¡No creo en vampiros!

—Yo tampoco. Sin embargo, oriundos de la Transilvania, la comarca montañosa húngara, afirman que ciertos seres que viven de noche y duermen de día en ataúdes, se sustentan con sangre de robustos campesinos.

—Leyendas de ignaros...

—¿Es leyenda la versión de que se curan ciertos males bebiendo sangre caliente de seres en vida?

—¡Puaff! Repugnante tema ese, señor… para hombre de tu buen gusto.

—¿A quién acusaron de brujería? A ti… y por rechazo a mí. ¿Quién nos acusó —El duque Retors ¿Quién atrajo a una emboscada a los dos zíngaros? Una enmascarada, que sabía que Rochefort estaba citado a duelo y sobreviviría por la imbécil promesa de un pelirrojo. Y esto tan sólo lo sabía Raquel Youpin. ¿Quién se comportó inexplicablemente? Raquel Youpin. La tuve entre mis brazos, señor Lucientes… Y préstame crédito si te digo que me rozó el ala de un pánico indescriptible, cuando la contemplé vibrante, cerrados sus ojos y lívida cual una muert…

—Y… ¿ahora quieres ir a visitarla, señor?.. Mal principio de libertad. Tienes demasiada inteligencia para acusarla de vampirismo y excesiva galantería para abofetearla por habernos comprometido la existencia. ¿Qué vamos pues a lograr con visitarla?

—Oírla hablar… Déjame a mí, estudiante. Hace muchos años que llevo el timón de mi barco por toda clase de mares procelosos y vergüenza me daría naufragar en París.

CAPÍTULO III

La enmascarada

Apenas se separó de su hermano, Bussy d'Amboise recorrió, con paso vivaz, la distancia que le separaba de su casa. Tenía prisas por sumergirse entre sábanas.

Cuando se halló en su alcoba, limitóse a quitarse el jubón y el chambergo y desceñirse el cinto. Y tendióse encima del lecho, cubriéndose con una capa.

Cerró los ojos pensando en la zíngara Câline que estaba en camino le su finca del campo, allá en Perigord. La mansión de los Bussy, que d'Amboise había decretado sería el mejor y más seguro de los refugios para su amada y Emmanuele, perseguidos por. la justicia, falsamente acusados de complicidad en la muerte de Rochefort.

Era de todos conocido el hecho de que, por jactancia, Bussy d'Amboise dejaba sus puertas abiertas, diciendo que ni ladrones ni asesinos se atreverían a mancillar con sus pies el domicilio de un Bussy.

Pero en aquella jactancia había astuta cautela. Bajo la alfombra del corredor que conducía a las habitaciones, había un ingenioso dispositivo que, al ser pisado, ponía en marcha un fuerte resorte que agitaba una campanilla instalada en la aldaba donde dormía el dueño de la solitaria casita.

Bussy d'Amboise saltó prestamente en pie y desenvainando la espada que había dejado sobre un sillón, sujeta al cinto, quedóse vigilante junto al lecho, en mangas de camisa.

Por la altura del sol que se proyectaba oblicuamente contra los cristales del corredor, calculó que era aproximadamente el mediodía.

Una silueta delgada avanzaba por el corredor, delatada por la sombra que el sol a su espalda dibujaba ante ella.

Bussy d'Amboise tenía mucho apego a su fama de conquistador de voluntades femeninas. Y al aparecer en el umbral de la alcoba una mujer enmascarada, su vanidad de galán favorecido por múltiples aventuras, prevaleció sobre lodo otro instinto.

Besó la hoja de su espada, devolviéndola ni cinto, en su vaina.

—Oí pasos, gentil encubierta. Ignorante de a quién pertenecían, y despertado de un sueño pesado, desenvainé. Que lo prudente no quita lo valiente. Muchos son los que en París quisieran vanagloriarse de haber vencido a un Bussy, y a Bussy d'Amboise sólo le rinden los destellos do ojos tan magníficos como los que vuestro antifaz deja entrever.

La enmascarada vestía lujosamente. Sus negros ropajes avaloraban la blancura de unos hombros esbeltos y nacarados, sobre los que caían en cascada unos negros bucles sedosos.

Las delicadas manos, profusamente enjoyadas, sostenían en la diestra un abanico y en la zurda el mango de nácar del antifaz rígido que apoyaba contra su rostro.

Era el clásico antifaz de las citas galantes. El antifaz que si bien cubría todo el rostro, no dejando libres más que las pupilas, simbolizaba el propósito de quien lo empleaba de no prolongar largo tiempo su secreto incógnito.

Habituado a tales lances, Bussy d'Amboise pidió mentalmente perdón a la zíngara Câline, mientras señalaba la estancia vecina.

—Fruta y los mejores vinos de Francia nos esperan en mi comedor, misteriosa enmascarada.

Ella retrocedió en silencio y Bussy d'Amboise avanzó, y tendiendo su diestra la ofreció a la enmascarada, quien apoyó delicadamente unos frágiles dedos en el dorso de la mano masculina.

En la sala que hacía las veces de comedor, sentóse ella a contraluz, y Bussy d'Amboise corrió las cortinas.

—El exceso du sol hiere las flores.

Ella seguía con el antifaz negro apoyado contra el rostro. La mano que sostenía el abanico señaló una gran copa de cristal tallado con finos esmaltes en incrustación.

—Bebería placenteramente —dijo con voz que el antifaz

amortiguaba,

Bussy d'Amboise extrajo un frasco de largo cuello, cuyo cristal transparentaba un líquido de color de rubí.

—Suave Borgoña, pétalos de rosa y calorcillo de Cupido.

Escanció en la copa y la tendió a la desconocida, que dejando el abanico encima de su regazo, bebió un sorbo.

—Dejadme tratar de adivinar quién sois-meditó d'Amboise, en pie ante ella.

—Nunca lo sabríais-replicó la voz amortiguada, y su dueña depositó la copa encima de la mesa junto a d'Amboise, manteniendo la mano izquierda alrededor del cristal.

—No puedo citar nombres-declaró el infatuado galán-porque sería pecado de lesa galantería revelar imprudentemente nombres de las que languidecen por mis trovas.

Su estilo almibarado era muy del gusto de las damas de la época, que le juzgaban un dechado de donosura.

—Pero quizá sabré adivinar vuestros, pensamientos, si permitís que pose mis labios donde anida el reciente calor de los vuestros.

Y Bussy d'Amboise posó su diestra, acariciante, sobre la mano que rodeaba la copa de cristal. Fingió ella retirar la mano, y a la vez se llevó la copa, cubriéndola con sus ahusados dedos.

Sonrió d'Amboise, atusándose la rubia perilla.

—Dejadme beber, deliciosa flor, o de lo contrario querré libar en vuestros labios.

La enmascarada dejó oír una risita, que a d'Amboise se le antojó una promesa de rendición. Tendió la copa, y Bussy d'Amboise, acalorado, bebió de un sorbo el contenido que restaba en la copa.

Llevóse la mano a la frente, dio un traspié y cayó tendido al suelo, como fulminado por un rayo. La copa se deshizo en añicos, y no se había aún extinguido el rumor de los cristales al esparcirse, cuando la enmascarada se puso en pie.

Al separar el antifaz, apareció el rostro impresionante del duque Retors, que sonreía con expresión indescifrable y en sus ojos había un brillo extraño, mientras daba vuelta en su anular al camafeo que montado en sortija, ofrecía un compartimiento hueco que hasta entonces había contenido el poderoso narcótico.



Quedóse vigilante junto al lecho...

Los cabellos y los hombros que se inclinaron sobre el desvanecido Bussy d’Amboise hubieran hecho honor a cualquier dama... pero era el enigmático duque Retors el que con un abanico en la zurda y el antifaz en la diestra, pasó ambos brazos bajo la espalda y las rodillas del narcotizado y con nerviosa energía lo levantó en vilo.

Instantes después, con su carga humana, atravesaba el jardín y entraba en una carroza, cuyo postillón fustigó a los caballos. Postillón, caballos y carroza ostentaban en ropas, pelaje y madera un color frambuesa...

Bussy Leclerc, espada en mano, fue “repasando” las lecciones que sus mojos ayudantes habían estado dando a los discípulos de la academia Leclerc.

A las dos terminó sus enseñanzas, y los cortesanos, los hijos do ricos mercaderes y los hombres conspicuos que en su madurez deseaban hacer ejercicios que a la voz les permitieran velar por sus esposas e hijas, despidiéronse ceremoniosamente del que no era un maestro de armas vulgar, sino un Bussy que por mandato real prodigaba sus enseñanzas a los vasallos del rey.

Un mozo de espadas acompañó hasta el umbral de la academia al mejor espadachín de Francia.

—De cinco a seis estaré ausente, Gastón. Tú regirás el ejercicio, y darás lección de florete a “mademoiselle” Josephine des Mureaux. Trátala con especial esmero, porque es amiga fraternal de Bussy Leclerc.

Y el que constantemente tenía en los labios su propio nombre, porque cada vez que lo pronunciaba sentía un legítimo orgullo, abandonó su academia, andando con su peculiar contoneo de hombros y la elástica flexión de sus rodillas.

Era la hora en que poco tránsito había por las calles. La población estaba dedicada al yantar, o al reposo de la comida.

Atravesó Leclerc el puente de la Villete, e iba a entrar en la taberna donde efectuaba sus opíparas comidas cuando se detuvo.

Una carroza cuyo postillón llevaba librea color frambuesa, y que hasta entonces había permanecido parada en la esquina del Rond Point con el muelle Saint-Martin, se puso en marcha, y una voz suave llamó:

—¡Bussy Leclerc!

El espadachín miró bizqueante hacia la mano delicadamente enjoyada, que a guisa de saludo agitaba fuera de la ventanilla un pañuelo de encajes.

Era hecho harto sabido que Bussy Leclerc, sin llegar a despreciarlas, no sentía atracción hacia las mujeres de alto rango. Prefería los escarceos alegres con modistillas y criadas.

En su alejamiento de las damas encopetadas, existía cierto amor propio ofendido, porque una condesa habíale dicho que renunciaba a enamorarse de él para no sentir celos de sus vecinas, siempre que le hacía la corte.

Aquella mordaz alusión a sus ojos estrábicos había hecho que Bussy Leclerc abandonase todo intento de seducción en las altas esferas, donde había demasiada propensión a la burla.

Aproximóse a la ventanilla que enmarcaba la figura de una mujer que tras la pantalla del antifaz de mango de nácar, bisbiseó:

—¿Os interrumpo en alguna cita, Bussy Leclerc?

—Me dirigía a… ¿Quién sois?

—Vuestro hermano, que se hallaba en amorosa compañía, pensó que yo quedaba en tercería desventajosa y me propuso que os

viniera a buscar. Insistió tanto ella, que por ser vuestra amiga no me resistí.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—Mucho preguntáis, Leclerc. Un Bussy no se retrae a ruegos femeninos.

—Este es Bussy d'Amboise. Yo... soy Leclerc... Extraño aroma el de vuestro pañuelo, señora enmascarada.

La voz enfática perdía sonoridad. El pañuelo de encajes que sostenía la mano izquierda de la misteriosa enmascarada, estaba muy cerca del rostro de Bussy Leclerc.

Agitábase como por juego, y exhalaba un perfume penetrante. Bussy Leclerc se apoyó en el estribo, colocando en él su bota derecha. Con el codo izquierdo reclinóse pesadamente en el marco de la ventanilla.

—Subid, Bussy Leclerc. Os acompañaré donde deseáis y tendré que quejarme a vuestro hermano y a vuestra amiga porque me enviaron en balde a invitaros. No pensaba que mi viaje iba a tener un epílogo tan baladí.

Las palabras producían en el espadachín una sensación de aturdimiento. Quiso sonreír para disimular el extraño malestar que le invadía. Su diestra dirigióse hacia el antifaz, pero a medio camino tembló...

El duque Retors atrajo hacia sí al que, inconsciente, había caído de bruces en el interior de la carroza.

El postillón fustigó los dos caballos, mientras con nerviosa energía e1 ambiguo personaje del ropaje femenino, que ostentaba públicamente el título de duque Retors, recogía las piernas del maestro de armas y cerraba la portezuela.

Los dos Bussy no acudirían ya a la cita real; sólo se presentaría, coa arrogancia ofendida, e1 duque Retors....

CAPÍTULO III

El paliativo de una presencia angelical

Raquel Youpin, a las once de la mañana, dedicábase en su despacho a verificar las cuentas del día anterior.

"Au Bon Viveur" había registrado en aquellas horas una afluencia de visitantes más numerosa que de costumbre, y David Youpin había soportado muchos velados interrogatorios acerca de los sucesos que habían tenido su entronque en el establecimiento del cual era propietario.

El reto del brujo español de los cabellos de llama al barón de Rochefort; la osada incursión del mismo brujo acompañado de su cómplice a la mañana siguiente, después de dar muerte a Rochefort...

Esos dos hechos, comentados con aspavientos, no dejaban transparentar la verdadera curiosidad de los preguntones, que esperaban alguna confidencia del judío relacionada con la actitud de Raquel, la que un día fue la elegida por el apuesto barón.

Pero se vieron defraudados, porque David Youpin, comportándose siempre con la más estricta cortesía, informó cuanto quisieron, pero sin comentar ni dejar traslucir que aquel suceso les afectara en lo más mínimo.

Sólo al día siguiente, ante su hermana, esbozó un tímido intento de aproximación; quería sondear su estado de ánimo. Acarició los cabellos negros de Raquel.

—No te entristezcas, Raquel. La muerte de Rochefort no merece que sufras. Bastante te hizo sufrir...

—Torpe-musitó ella, sin cólera —. No te preocupes por mí. Rochefort murió, y eso es todo. Para mí hace tiempo que dejó de existir.

David Youpin profesaba un cariño hondo hacia su hermana.

—Créeme, Raquel, si te digo que ya que Rochefort murió, lo celebro. Su boda con la hija del tejedor habría sido un escarnio para....

—¿Quieres, dejarme, David? Tengo trabajo.

—Permíteme entonces comentar lo que todo París comenta. ¿Quién había de suponer que era ese español el culpable de los varios crímenes inexplicables que asolaban la ciudad?

—Nunca fié de él.

—Yo sí que confiaba.

—Era un tahúr dotado de malas artes.

—Pero nunca le supuse dotado de poderes satánicos.

—No hables como esos supersticiosos parisienses, David. Tú no puedes creer en esas leyendas de vampiros.

—Quedó demostrado que el cuerpo de Rochefort ostentaba las huellas de una extracción de sangre, realizada por medio de artes diabólicas que sólo los vampiros pueden practicar. Ayer noche, el vizconde de Bargouin, hombre docto, afirmaba que el vampiro humano existe. Que es una persona como tú y yo, y que son leyendas las que atribuyen a esos monstruos sueños ej3 ataúdes durante el día y vida ultraterrenal por las noches. Son personajes como tú y yo en apariencia.

—No existen tales seres-dijo ella, cerrados los ojos y pálida la faz.

—No negarás lo evidente, Raquel. Quizá esta conversación te horripila. La abandono. Que te consuele el pensar que a estas horas estarán ardiendo los restos del vampiro de rojos cabellos. Nunca, lo hubiera supuesto.

Y David Youpin abandonó el despacho de su hermana, completamente convencido, como la mayor parte de sus contemporáneos, de la existencia de vampiros humanos.

Descendía por las escaleras cuando se apoyó, en la pared, porque sentíase al borde del desvanecimiento. Dos individuos acababan de entrar rápidamente en el vestíbulo aprovechándose de que estaba desierto.

Y David Youpin se restregó los ojos, creyendo que sufría una alucinación. Pero se quedó sin voz cuando la muy conocida del que bajo el supuesto nombre de marqués de Avapiés le había servido

como colaborador durante escasas horas, habló lentamente:

—No gritéis ni alarméis, David querido. Os perforaría con una espada de acero muy corriente.

—Tate... Otro que te cree brujo, estudiante.

—Ya me di cuenta, señor. Y empiezo a emberrincharme ante tamaña imbecilidad. ¡Volved en vos, maldito seáis!

Sacudió Lucientes por los hombros al aturdido judío. La presión de la mano de hierro su peso, hicieron estremecerse a Youpin, que seguía con los ojos cerrados.

Al fin atrevióse a abrirlos...

—Si estáis libres es que... es que se comprobó que había falsedad en aquello de que os acusaban-dijo con voz temblona.

Le soltó Diego Lucientes, que exclamó zumbonamente:

—Podría dejarme llevar de mi temperamento brujo y afirmaros que nuestras cenizas están en una plaza pública, pero que empleando encantamientos hemos podido venir a visitaros. No haré tal aserto, porque entonces os desmayaríais como una sensible damisela que cree en trasgos y hechicerías. Acompañadnos al despacho de Raquel.

David Youpin echó a andar con cierta tiesura, en la que los gestos eran reflejos sin voluntad... De pronto, dio media vuelta en el corredor, a pocos pasos de la puerta del despacho.

—La impresión... que podéis causarle a mi hermana...

—No os preocupe, David-intervino el Pirata Negro —. Ella tiene un temple más sólido que el vuestro, dicho sea sin ánimo de ofenderos.

—Verdad es-reconoció el judío —Aun no ha mucho me aseguraba que los vampiros no existen... ¡Oh, perdonad, caballero!

Su ingenua excusa hizo sonreír irritadlo al madrileño.

—Yo tampoco creo tales zarandajas. Imitadme, Youpin, y no me deis excusas por citarlos, o tendré zurraros. Estoy harto de que me tomen por lo que no soy...

—Si no existen, ¿por qué tomas tan a pecho la defensa de tu buen nombre mancillado? —preguntó suavemente el Pirata Negro.

—Desde que en mala hora cité a Rochefort, todo cuanto ocurre es disparatado —rezongó el madrileño—. Por instantes ni sé lo que me digo.

David Youpin abrió!a puerta, y entró en el despacho. Raquel,

sentada, levantó la vista de los documentos que estaba repasando, y su te lívida tornóse macilenta.

Abrió la boca como para lanzar un grito, y desmadejada quedóse inerte en el sillón. Precipitóse David con lamentos incoherentes a abrazar a la que acababa de perder el sentido.

Unos espasmos nerviosos iban contrayendo el rostro que ostentando un tinte grisáceo, adquiría una fealdad repelente.

—Vinagre en las sienes-dijo, el Pirata Negro, lacónicamente,

Pero David Youpin pretendía reanimar a su hermana a fuerza de caricias y abrazos.

—Id a por vinagre, David —dijo imperativamente el Pirata Negro—. Necesita aire y vos le priváis de de con vuestros abrazos.

Raquel Youpin abrió los ojos, fijándolos en Carlos Lezama con intensa y encendida luz en las pupilas. Después miró a su hermano, y por fin contempló el semblante cohibido de Diego Lucientes, que la observaba con zozobra.

—Perdonad si os causamos una impresión que no queríamos suscitar, Raquel-empezó a decir el Pirata Negro —, Un cúmulo de contrariedades nos hizo por unas horas permanecer presos bajo la inculpación de un crimen que no cometimos. El rey acaba de decretar nuestra libertad, y decidimos que nuestra primera visita sería para la que...— y perdonad, David... —azuzó contra nosotros a cinco maestros de armas convirtiéndoles en esbirros. Y se me acusó de ofensas contra vos, Raquel. ¿En qué os ofendí? ¿Por qué disparasteis contra mi amigo?

Raquel Youpin volvía a tener un color de tez normal, y su respiración habíase tranquilizado.

Habló dulcemente, pero con firmeza

—Déjame a solas con los caballeros, David. Tu presencia sólo puedo irrogar perjuicios.

David Youpin vaciló ostensiblemente. Diego Lucientes le asió del brazo.

—No me hagáis la ofensa de suponer que el hidalgo Lezama o yo seamos capaces de cualquier tropelía contra una dama. Ella misma os ruega que salgáis. Así podrá conversar más cómodamente con el hidalgo Lezama.

David Youpin, aunque a regañadientes, abandonó el despacho. Tras él, cerró Lucientes la puerta, adosándose a ella, brazos

cruzados.

El Pirata Negro atendió la indicación de Raquel, sentándose frente a ella.

—Yo no envié a que os mataran, señores.

—No. Uno de los esbirros anunció que a mí me tenían que coger en vida. Eliminó a mi amigo, vuestro caballero defensor. Con lo cual daba a entender que en vuestra orden la vida del marqués de Avapiés no tenía valor. ¿Por qué había de tenerlo la mía?

Raquel Youpin habló con la misma sequedad empleada por Lezama.

—Por profesionales de la espada, conocéis ambos la honrilla de cuantos hacen de ella un medio de ganarse la vida. El ataque de los maestros de armas fue obra de ellos, por propia iniciativa...

—Mi natural galantería me impida acusaros de mentirosa, Raquel-sonrió el Pirata Negro —. Os advierto que en mi Risita hay un móvil clarísimo. No me marcharé de París sin haber averiguado las razones de vuestra inexplicable conducta.

—No veáis misterios donde no los hay.

—¿Por qué disparasteis contra vuestro paladín? —y el Pirata Negro señaló hacia la puerta con el pulgar.

Raquel Youpin miró hacia Diego Lucientes con sonrisa amable.

—Quería impedir que matase a Rochefort. Excusadme, Diego. Comprended que los nervios de una mujer ofendida tienen reacciones extrañas que ya os...

—¡Chitón, señora! —atajó el Pirata Negro con además impaciente—. ¿Nos tomáis, acaso, por imbéciles? No os pido excusas por mi grosería. Tengo la convicción de que poseéis un espíritu maquiavélico, dotado de recursos sinuosos. Desde que mi amigo tuvo la torpeza de retar a Rochefort y no abatirlo en duelo, cuanto ha sucedido ha sucedido por motivos que sólo vos sabéis... ¡y el duque Retors!

La transformación que se operó en Raquel Youpin fue escalofriante. Se puso en pie, y, realzada su estatura por el negro terciopelo, dilatado el, semblante por una mueca horrenda, torció la boca en crispación extraña.

Diego Lucientes, en el espacio de un segundo, sintió que unas gotas de sudor perlaban en su frente.

El Pirata Negro ya había visto aquella expresión odiosa, y se

limitó a contraer los puños para dominar el sobresalto que, contra su voluntad, le producía la contemplación de la inhumana fealdad de Raquel.

Ella cubrióse el rostro con las manos, y volvió a sentarse. Cuando apartó las alargadas manos del semblante, no había huellas de su transfiguración.

—Ha sido pueril, pero la suposición de que me acusabais de haberos denunciado me indignó-dijo, suavemente.

—¡Tate!... No sirvo para interrogar a mujeres, estudiante-masculló el Pirata Negro, fruncido el entrecejo —¿La viste bien?

—Preferiría no haber estado presente-dijo Lucientes con voz sorda.

—Lo que os convirtió en algo... algo indescriptible, amiga mía-dijo el Pirata Negro, incisivamente —, fue la mención del nombre del denunciante. ¿Vuestro amigo y cómplice?

—No conozco a quien habéis citada

—Ganas me dan de emprenderla a latigazos contigo-dijo el Pirata Negro, levantándose.

—¡Señor! —y Lucientes, separándose de la puerta, avanzó hasta colocarse junto a Lezama—. No olvides que es una mujer.

—¿Era una mujer la que hace unos instantes me miró con a vista extraviada por un odio infernal? ¡Rayos! ¡Que si a ti te atosiga el ser tildado de brujo, a mí me revienta que me miren como ella me ha mirado!

—La vehemencia meridional, caballero Lezama, os hace perder el dominio de vuestro temple.

Aquella frase produjo en el Pirata Negro un efecto sedante. Rió con mordaz entonación, para ir dominando su cólera.

—Tenéis razón... —y saludó cortésmente—. Pocas veces pierdo el temple, y cuando esto ocurre es espada en mano y ante hombre. Os pido excusas y perdonadme el arrebato.

Raquel Youpin miró recelosamente a su interlocutor.

—¿Añadís el escarnio al insulto? —inquirió ella, altivamente.

El Pirata Negro se encogió de hombros, haciendo un nuevo esfuerzo para dominarse.

—Inútil proseguir, Raquel. Si sois mujer o monstruo, el duque Retors me lo dirá, esta tarde después de la cinco.

Rió Raquel Youpin con hiriente burla.

—¿Mujer o monstruo? ¿Tal es mi fealdad?

—No aludí a vuestra presencia física, Raquel. Vos sabéis a qué me refiero: al hálito maligno que rozó ha poco la frente dura de mi amigo, y también la mía, que nada tiene de impresionable. Si fuera posible la comparación, diría que cuando un diablo profiere imprecaciones, el aire se enrarece y... ¡Desvaríos! Os volveré a visitar cuando haya hablado con el duque Retors. Entonces quizá sabréis que vuestra fealdad no es más que perversión de alma.

La puerta, entreabierta desde hacía unos instantes, se abrió violentamente, y una deliciosa mujer de rostro apicarado, que ahora aparecía sonrojado y con los ojos chispeantes de cólera, irrumpió en el despacho.

Dirigióse rectamente hacia el Pirata Negro, que al oír abrirse la puerta había dado media vuelta, y su diestra cruzó una mejilla del Pirata Negro; iba a repetir su gesto, encaminado a la otra mejilla, pero Lezama lo impidió, asiendo la frágil muñeca.

—¡Tate con el diablillo!

—¡Soltadme, grosero personaje! —chilló ella.

—Tal hago, pero no me abofeteéis, por favor. Es súplica que ruego atendáis. Me molesta que me crucen la cara a guisa de saludo.

—¡Ofendisteis a mi mejor amiga, a mi protectora, a la mujer más buena del mundo! ¡Sois un canalla!

—Eso... Oye, Fifine... Yo quiero explicarte...

Avanzó ella corriendo hacia el madrileño y su diestra restalló sonoramente contra la mejilla de Lucientes, que, sorprendido, tuvo que imitar al Pirata Negro.

En vilo la mano nerviosa, Josephine des Mureaux miró alternativamente a los dos hombres.

—¡Quedáis retados a duelo! —dijo con la respiración anhelante.

Carlos Lezama rió, distendido el semblante. Su risa contagió a Lucientes. La repentina aparición de la frágil parisina había mitigado la violencia de la situación.

Frotóse Lucientes la mejilla.

—Te presento a la angelical criatura que responde al nombre de Fifine, hidalgo Lezama.

—¿Hidalgo? —murmuró ella despectivamente, recargando el acento sobre la última letra—. ¿Hidalgo el hombre que insulta a

Raquel?

—Ven aquí-y la judía habló imperativamente —. Detesto tu ridícula defensa, que no necesito.

Humildemente, la reprendida acercóse al sillón ocupado por Raquel Youpin. El Pirata Negro volvió a sentarse.

—Con la venia. ¿Estabais escuchando tras la puerta, señorita?

—¡Oí tan sólo que acusabais de perversión de alma a la mujer que me salvó de morir de hambre y que...

—Calla, Fifine... —atajó la judía—. No tienes por qué citar hechos pasados que en nada atañen a estos caballeros.

—No son caballeros. Te insultaron, y, lo quieras o no, mantengo mi reto. ¡Bussy Leclerc me da clases! ¡Y si la justicia no halló pruebas condenatorias contra ti, tramposo fullero, yo te castigaré como mereces! ¡A mis pies caerás atravesado!...

—Ya caí, Fifine. Cupido me ensartó con aluvión de flechas al verte sonreír. ¿Nos vamos, señor? La presencia de un ángel furibundo me reanima y reconforta. Considero ya superflua nuestra permanencia aquí.

—Desearía saber, antes de irme, quién es esta agresiva muñeca...

—¡Tened la lengua, bellaco! —chilló Josephine des Mureaux.

Ambos hombres rieron incontenlblemente. Levantóse el Pirata Negro. Su saludo nada tuvo de burlón.

—Hay en vos, señorita, un hálito... un hálito de bondad que convierte en requiebros vuestros pretendidos insultos. ¿De qué conocéis a mi amigo?

—¡Él os lo dirá, impertinente sujeto! ¡Y Bussy Leclerc os pedirá satisfacción en mi nombre! Él se encargará de borrar para siempre vuestra sonrisa.

—¿Qué he hecho yo para merecer vuestras iras, gentil muñeca?

—¡No me llaméis muñeca! Un hombre que insulta a Raquel...

—Vámonos, estudiante Recuerdo que una vez vi a una mariposa revolotear encima de una serpiente boa, que al final la deglutió sin gran interés, por pura maldad. Y me quedo sin saber qué decir... ¡como ahora!

Abandonó Lezama el despacho andando apresuradamente. Diego Lucientes, en el umbral, hizo un evasivo movimiento sin mirar a Raquel.

Su rostro expresaba tan a las claras el desconcierto, que

Josephine des Mureaux, magnánimamente, comentó: —Eres un odioso sujeto, Diego…, pero nunca te creí capaz de cometer un crimen. Tú no diste muerte a Rochefort…, pero hoy te has portado muy mal con Raquel, consintiendo que ese… ese odioso sujeto que te acompaña insultara a mi amiga.

—El tiempo nos excusará ante ti, Fifine. Hasta la vista.

CAPÍTULO IV

La extraña y verídica historia del Duque Retors

En el año 1685, un castillo de las márgenes del Loira, perteneciente al patrimonio real, recibió las atenciones de un ejército de obreros que a toda prisa revocaron los muros, renovaron los interiores y pusieron en condiciones de habitabilidad la mansión que había permanecido desierta durante largos años.

El rey había aumentado el número de sus favoritas, y la gracia lánguida y enfermiza de Giséle Retors paseó su encanto frágil y quebradizo por el jardín del castillo que un rey de Francia declaró estuche que guardaba la más preciada de sus joyas.

Era un Luis, y tornadizo. Pero Giséle Retors llegó a inquietar a los favoritos de la corte. Temían que la mujer que tan gran imperio demostraba tener sobre un monarca caprichoso y voluble, pudiera llegar a tener también atribuciones en asuntos de Estado.

Pero quizá el poderío de Giséle Retors basábase en que tenía ambición. No molestaba al Rey con peticiones. Sólo tenía dos anhelos: vivir en el castillo, alejada de todo bullicio cortesano, y leer las obras de los poetas de aquel entonces.

En el estanque donde los cisnes se deslizaban majestuosamente, Giséle Retors, huérfana de familia, y descendiente de unos acomodados mercaderes, contemplaba en las aguas, ensimismada, el reflejo de su delicada fisonomía.

Era la favorita del rey, y un remordimiento constante atenazaba su espíritu, porque juzgaba culpables sus amores. A aquella inquietud latente a tribuyó el monarca que el hijo que en el castillo naciera denotara, desde sus primeros vagidos, haber heredado, con la fragilidad de la madre, un nerviosismo de mal agüero.

La comadrona pronosticó poca vida al infante. Decretó que. a lo

sumo, el vástago de entronque ilegítimo viviría unas semanas. Pero pasaron dos años, y Louis Retors, aunque enfermizo, pareció tener un empeño tenaz, ni desmentir a la comadrona.

Persistía el encanto de Giséle, y el rey firmó un decreto concediendo el ducado Retors, con el castillo y sus prebendas anuales, a Louis Retors, su bastardo.

Lo firmó con privilegio de sucesión inextinguible; tal era su inclinación hacia la que, al contrario de sus demás favoritas, no deseaba más que vivir alejada de la corte, sin abrigar sueños ambiciosos.

El fervor del monarca fue extinguiéndose. Sus visitas fueron menos frecuentes que hasta entonces. Giséle continuó soñando al borde del estanque y recitando las trovas de los poetas de moda.

Nació una niña, que sirvió para que Louis Retors, duque del mismo nombre por privilegio real, se entretuviera martirizándola.

El rey acogió sin entusiasmo aquel segundo fruto de su unión. Sus visitas fueron espaciándose aún más, un día, cuando Giséle, la bija, contaba un año de edad, Giséle, la madre, recibió a un correo real.

Galantemente el monarca refrendaba su decreto, declarando que el privilegio ducal pertenecería con derechos sucesorios a Louis Retors y los hijos varones que éste tuviera.

Añadía que los asuntos do Estado reclamaban de continuo su atención, y qué con profundo dolor dejaría de visitar el poético castigo de las márgenes del Loira, donde tan deliciosas horas había vivido y cuyo recuerdo conservaría permanentemente hasta la muerte.

Giséle Retors comprendió. Siguió encerrada en el castillo. Cuando su hijo murió repentinamente, ella misma lo encerró en blanca caja, sobre la que lloró abundantemente.

Por la noche los cisnes lanzaron su discordante graznido, como protesta contra la sombra que, con grandes esfuerzos, hacía una pequeña excavación bajo el tronco de un sauce.

Había muerto Louis Retors, pero, pensando en su hija, Giséle decidió guardar un impenetrable secreto acerca de aquella muerte.

Y Giséle, su hija, se habituó a crecer vistiendo ropajes masculinos, y no vaciló en contestar cuando llamaban a Louis Retors.

Crecía también enfermiza, y era reproducción exacta de su madre. Tenía dieciséis años, cuando, la antigua favorita del rey, en el lecho de agonía le explicó por qué la había obligado a ocultar su sexo con indumentaria masculina.

El duque Retors, bastardo del rey, tenía un castillo, renta anual y consideración nobiliaria. En cambio, la hija natural de Giséle Retors sería una pordiosera sin amparo.

También le reveló que la peste blanca había arrebatado a Louis Retors. La consunción pulmonar…

Y Giséle Retors miraba a su hija temerosamente, como pidiendo perdón por haberla hecho heredera de un título ligado a la tara tuberculosa.

Expiró poco después. Desde una estancia vecina Giséle oyó los comentarios de los que fueron a amortajar a la antigua favorita.

Decían que, como aconteció con su hija muerta, también la tisis había segado la vida de Giséle Retors. Y pronosticaban que el que creían Louis Retors no tardaría en seguirles.

Uno de los sepultureros comentó que sólo existía un remedio contra tal mal: el que los zíngaros húngaros empleaban. Sangre humana absorbida de las venas abiertas de un robusto y guapo varón.

Aunque insensibles a todo asco, los demás acallaron al que hablaba, indicándole que si la justicia supiera lo que acababa de decir, quizá se le pedirían cuentas.

Giséle Retors atormentó los encajes de su coleto en el largo paseo nocturno por entre los árboles del jardín, junto al estanque en el que tantas veces se había mirado su madre.

No quería morir… Y dos semanas después del entierro de la que le había dado el ser, Giséle-Louis Retors, que contaba dieciséis años, abandonó el castillo por vez primera.

No aparecía por las márgenes del Loira más que una vez al año, para recoger la renta que el intendente del castillo le entregaba.

Viajó por el centro de Europa, con prolongadas estancias en Hungría, y las comarcas del bajo Rin. Para cuantos veían al viajero, éste era un delicado aristócrata enfermizo.

Pocos eran los que sabían que el mito de la mujer-vampiro tenía realidad en Giséle-Louis Retors. Y no lo podían repetir, porque, desdoblando su personalidad, era Giséle Retors, la encantadora

mujer de lánguido encanto, quien atraía a, robustos aldeanos, que hallaban la muerte para que Louis, duque Retors, siguiera viviendo.

Era ya en ella una obsesión permanente. La enfermedad seguía su curso normal, pues en nada influía el cálido brebaje vital que extraía de las venas seccionadas.

Pero la sugestión obraba, y Louis-Giséle Retors, que así firmaba ella sus cartas al intendente, seguía en continuos viajes.

Cuando llegó a París, el duque Retors fue bien recibido. El rey fingió no recordar nada, imitando a actitud de sus antepasados. Limitóse a dar la bienvenida al enfermizo duque de larga melena y ademanes afeminados, que no llamaron excesivamente la atención en la perfumada corte de alfeñiques.

Sólo los hombres de armas miraban con menosprecio al bastardo real, que llevaba al cinto un espadín de juguete. Un espadín de guarda recamada y filigranas, más propias de joya de tocador que de arma mortal.

“El alfiler del bastardo” apodó un mosquetero el espadín del duque Retors. Y no supo que, al colocar aquel mote, efectuaba un juego de palabras que disfrazaba la trágica realidad.

Era, en efecto, un alfiler, porque la punta agudísima era la que causaba en el cuello de las víctimas de la mujer-vampiro las dos huellas que dieron origen a que por París circulara la espantosa noticia de que un vampiro asolaba la ciudad.

Cuatro habían sido las misteriosas muertes, y los cuatro cadáveres presentaban dos diminutos orificios en el cuello y las venas seccionadas.

Louis-Giséle Retors había estudiado las leyendas húngaras de Transilvania. Y explotó el temor humano a lo inexplicable, sabiendo que tanto el aldeano ingenuo como el ciudadano más escéptico daban explicaciones sobrenaturales a lo que no sabían comprender.

Pero París, con su fastuosa corte, fascinó a la mujer que en la linfa de las venas de sus víctimas creía hallar remedio contra su enfermedad.



Crecía también enfermiza...

Y empezó a pensar que necesitaba alguien en quien relevarse de toda responsabilidad.

Solicitó del rey un cargo oficial, y obtuvo el de componente del Tribunal que condenaba los delitos de lesa majestad y brujería.

Oyó los comentarios que destacaban la extraña coincidencia de que las víctimas del monstruo inapresable eran hombres atléticos y de varonil belleza.

Conoció entonces al barón de Rochefort en las salas del establecimiento de David Youpin. Se granjeó la amistad de Raquel Youpin, y, con perspicaz ojeada de tarado, supo ver que la judía parecía el mismo mal que a ella le aquejaba.

Raquel Youpin luchaba secretamente contra e1 avance de la peste blanca que consumía sus pulmones y enrojecía sus pañuelos.

Cuando Rochefort declaró públicamente que cambiaba de prometida, y prefería la bolsa de Amelie Torchon a los caudales de la judía, Louis-Giséle Retors habló privadamente con Raquel Youpin.

Ésta acudió al domicilio del bastardo. Y dos mujeres fueron las que planearon la muerte de Rochefort, esperando la ocasión más propicia.

La terrible confidencia de Giséle hizo pensar a Raquel en un arrebato incontenible de crueldad, que podía satisfacer el odio que le inspiraba su burlador, logrando al propio tiempo la posible curación de su enfermedad.

Desde su íntima unión con la hija de la antigua favorita, Raquel Youpin no vio en los hombres apuestos más que posibles víctimas que la curaran.

Y el odio que experimentaba contra todos los que por su arrogancia y marcialidad atraían las miradas femeninas, trocóse en insano furor.

A raíz del incidente ocurrido entre el barón, de Rochefort y el español pelirrojo, Raquel Youpin se entrevistó con el duque Retors. Y éste planeó la red que había de envolver al que por sus características sería fácil instrumento que cargaría con la responsabilidad de los crímenes en que las víctimas presentaban dos orificios en la garganta y las venas vacías. .

Louis-Giséle se encargaría de dar muerte a Rochefort, vengando a Raquel y saciando a la vez su insana vesania; cuando apareciera otra víctima, ya vería de hallar, en el momento oportuno, alguien que fuera castigado por el Tribunal del que formaba parte.

Raquel Youpin reclamó para sí la vida del que acompañaba al español pelirrojo. Los hechos parecieron privarlo do la víctima elegida pero a las cuatro de la lardo del minino día en que por la mañana recibiera la visita de ambón españoles, un lacayo con librea color frambuesa fue entregar un mensaje a la judía.

En él, Louis-Giséle Retors anunciaba que a las cinco ratificarla su denuncia, y por incomparecencia de los hermanos Bussy, que con su palabra de honor habían salido fiadores de los españoles, éstos serían encarcelados de nuevo. Porque la incomparecencia de los Bussy no tendría más que una explicación: no se habían atrevido a sostener su palabra ante la del duque Retors.

El mensaje añadía que, cumpliendo lo pactado, sólo caería preso el español pelirrojo. En cuanto al que respondía ni nombre de Carlos Lezama, Giséle daba la seguridad de que caería en celada idéntica a la que, con el mejor resultado, se había tendido a los dos

hermanos Bussy.

Fue leyendo Raquel la larga misiva, que contenía detalladas explicaciones. Valiéndose de su doble personalidad, había conseguido que los dos Bussy quedasen a buen recaudo, y tan pronto como el duque Retors ratificase su denuncia ante el rey, Giséle Retors pondría en juego su femenil atracción para entregar la vida de Carlos Lezama a su cómplice Raquel.

Indicaba también que convendría emplear a la inocente Josephine des Mureaux como señuelo.

Y citaba a la judía para las ocho de la noche en el Pré de Saint-Germain, un desierto paraje en la orilla del Sena, donde tenían por costumbre entrevistarse en la seguridad discreta de la carroza.

Raquel Youpin aproximó el mensaje a la llama de una vela, y, cuando quedó convertido en cenizas, partió el lacayo con una respuesta afirmativa.

Raquel Youpin acudiría a la cita en el Pré de Saint-Germain.

CAPITULO V

Prosper Taquin, el Medroso

Un sujeto de ropas caídas, chillonas y sucias, que cubría a medias su grisácea peluca lisa con un tricornio cuyo pelo mostraba relucientes claros, avanzaba con andares cautelosos por la calle Lepic.

Era un cincuentón de fofa obesidad, rostro lunar y piernas flacas; las inedias se arrugaban alrededor de los tobillos y las descarnadas pantorrillas, y parecía como si todas sus carnes se hubiesen acumulado en el rostro, cintura y caderas.

Estrecho de pecho, ofrecía un aspecto deplorable. Y, sin embargo, antaño había sido una eminencia como hombre de leyes.

Perdió su posición por la envidia, de otros colegas, que se cebaron en él cuando perdió el favor del rey. Y en vez de luchar, Prosper Taquín, el medroso, se replegó, y. abandonándose a una total desmoralización, malvendió cuanto tenía de valor y trató de encontrar en el vino solución al cambio de cosas.

Fue empeorando su situación, y sólo de vez en cuando, bajo el impulso de un exceso de libaciones, Prosper Taquín decía jactanciosamente que tenía un talento muy superior al de los que ahora le suplían en el usufructo de la balanza de la ley.

A las tres de la tarde de aquel día otoñal, Prosper Taquín sentía el estómago repleto, y se encaminaba hacia la posada del "Cocq d'Or" impulsado por su agradecimiento hacia el que le había proporcionado las monedas que le permitieron.saciar su apetito.

Tenía miedo... Había seguido paso a paso las incidencias de la agitada noche anterior, y siempre oculto, al acecho, conocía dos noticias que el azar había puesto a su disposición.

Consideraba que era su obligación comunicarlas al español que

tan generosamente se había portado con él. Pera tenía miedo...

El posadero del "Cocq d'Or" suspiró al verle entrar. Era un suspiro elocuente, en el cual ambos compartían su resignación ante la extravagancia de los hermanos Bussy, el ímpetu del español de negros cabellos y el mutismo de un capitán de mosqueteros.

—Si deseáis ver al caballero Lezama, está en su aposento, acompañado por el caballero pelirrojo.

Carlos Lezama y Diego Lucientes hacían los honores del vino malagueño con el que efectuaban la digestión. Habían decidido que a las cinco de la tarde irían a palacio, para agradecer a los hermanos Bussy su eficaz intervención.

En apariencia, tal era la frivolidad de su visita a palacio, pero el principal motivo era el deseo de Lezama de hablar con el duque Retors...

Dos tímidos golpes en la puerta le hicieron exclamar:

—¡Adelante, quien sea!

Prosper Taquín entró, dando vueltas entre sus manos al resobado tricornio despeluchado. .

—¡Tate!... ¿No es éste el buen leguleyo cobardón? Pasad, Prosper. Que con vuestro nombre rime este mosto español al cual os invito. ¿Habéis almorzado suculentamente?

—Sí, excelencia. Gracias a vuestra genero...

—¡Sentaos! Fuisteis alguien, señor Taquín. ¡Tomad asiento, he dicho, maldito seáis!

Presuroso fue Taquin a colocar respetuosamente sus fondillos en el borde del escabel que le señalaba el Pirata Negro.

—Escancia virio, señor Lucientes... Este caballero es Prosper Taquín, un hombre de leyes con mucho pánico, pero que tuvo anoche la gentileza de sobreponerse al miedo y aconsejarme me fugara porque venían a detenerme.

Diego Lucientes sirvió una generosa ración de vino, mirando con agrado el rostro lunar de ojos inteligentes.

Elevó Taquín su copa con mano temblorosa. Bebió con deleite.

—Hay algo que no entiendo. Taquín —dijo bruscamente el Pirata Negro.

—Si en algo puedo serviros, excelencia... Yo vine para...

—Estoy hablando yo. Luego os preguntaré a qué habéis venido. La primera vez que nos entrevistamos, al mencionaros mi nombre,

un extraño fulgor brilló en vuestros ojos de sesudo y taimado zorro. ¿Por qué?

Prosper Taquín deglutió varias veces consecutivas, como si el zumo de las uvas malagueñas no quisiera descender por su garganta.

El Pirata Negro le miró fijamente, sombrío el gesto por exageración voluntaria.

—Atended, buen Taquín. Como mi amigo, estoy hartísimo de misterios. Desembuchad, o me temo que vuestro cráneo será tambor que alarmará a los huéspedes del “Cocq d’Or”. Me preguntasteis si yo había estado en París. Os contesté afirmativamente. ¡Hablad presto!

Prosper Taquín se levantó lentamente. Colocó la mano sobre su corazón y su rostro adquirió la expresión de un mártir resignado.

—Señor Lezama,.. Muchos de mis cargos pasados me hicieron archivar en la memoria hechos que quisiera haber olvidado… Haced conmigo lo que queráis… No importa que os jure que lo que sé nadie más ha de saberlo. Que yo bien supe leer quién erais cuando…

—¡Tate!… ¿Os ayudo?.. —preguntó suavemente Lezama.

—Perdonadme, señor, porque en mi memoria quede el recuerdo del pirata español que dio lecciones de caballerosidad al París de hace algunos años.

Y Prosper Taquín abatió los brazos y la cabeza, esperando el golpe demoledor. Cayó sentado de nuevo en su escabel, empujado por la bota del Pirata Negro.

Un empujón sin rudeza, que “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” habrían sabido interpretar como muestra de afecto.

Pero Prosper Taquín temblaba…

—¿Horca, cuchillo o fuego? —preguntó el Pirata Negro, sonriendo.

Diego Lucientes rió. Tenía una carcajada idéntica a la de su amigo, pensó el francés, juzgando llegada su última hora.

—Un trago para ese valiente que confiesa saber quién soy. Y un brindis a su larga salud. Respirad tranquilo, Prosper Taquín. Quien ante mi bigote confiesa mi personalidad, no lo irá a pregonar por las esquinas.

La sonrisa de Prosper Taquín excitó aún más la hilaridad de

Diego Lucientes mientras le escanciaba vino.

—Es curioso que haya conejos que, cuando mastican hierba, sonríen como ciertas personas-comentó el madrileño.

—Otras hay que rebuznan, y nunca vi asnos con pelo rojo.

—Antiparras verdes le, puse, a un borrico, señor-replicó Lucientes —, y se comía viruta de leño creyéndola hierba.

Las carcajadas de los dos españoles reanimaron por completo a Prosper Taquin, que apuró su vaso con agrado.

—Muy agradecido, excelencias

—¿Al vino?

—Quisiera tener vuestra valentía, excelencias, y vuestra despreocupación. Tenéis un humor envidiable. El humor que sólo se adquiere desafiando a diario la muerte. Yo... soy un náufrago y me aferró a la mísera existencia, cobardemente...

—Valentía hay en vuestra declaración, señor Taquín. Bien, ¿y a qué debemos el placer de veros?

—Huid, excelencias, huid-dijo en voz baja Taquín, mirando a su alrededor como si temiera ser oído.

Cruzóse de brazos el Pirata Negro.

—¿Otra vez? Vos seríais un magnífico mariscal de campo. Pocas bajas causaría el enemigo en vuestras fuerzas.

—Hablo por gratitud, excelencias, que bien sabe el cielo que, por temor, tuve muchas vacilaciones antes de venir.

—Contad lo que se os antoje, y vaciad cuantas copas queráis. Hasta las cinco nada tenemos que hacer.

—A las cinco os apresarán de nuevo, excelencias.

—¡Vaya! —estalló Lucientes—. ¿Qué jugarreta hay ahora en la capa del prestidigitador que me trae loco?

—Supe, excelencias; que la palabra de honor de los Bussy venció a la de vuestro denunciante;

—Por eso estamos aquí, fuera de rejas.

—Pero los Bussy no sostendrán su palabra.

—¡Prosper Taquín! La punta de mi bota está pidiendo a gritos entablar un estrecho contacto con vuestras sentadoras. Acabáis de insultar a los Bussy.

—¿Líbreme el cielo de tamaña osadía! —persignóse Taquín—. Digo que los Bussy no acudirán al palacio del rey a las cinco de esta tarde.

—Aclarad pronto, porque os jugáis un brusco cambio de digestión de placentera en agitada.

—Me aparté de vuestro asunto, excelencias, por miedo a represalias del denunciante. Pero me interesaba extraordinariamente. Cuando ocupaba mi antiguo cargo, era para mí una lectura instructiva, y deleitosa sumergirme en las arideces de sumarios misteriosos, hasta descubrir la trama que ocultábase en las denuncias o en los cargos que…

—Al grano, que harta paja se come en las tertulias cortesanas, y por lo mismo elegí barco pirata para conversar con las olas.

—Esta mañana, oculto en las cercanías del Chalelet, os vi salir. Me inundó la alegría y me embargó el contento, porque os sabía inocentes de acciones rastreras que… Excusadme; no puedo contener mi verborrea. Supe por el capitán Grinchon que los Bussy habían empeñado su palabra. Y ya quedé tranquilizado por vuesas excelencias. Bussy d’Amboise tiene la bolsa abierta para mis necesidades. Y precisamente porque es un caballero, nunca voy a verle más que en apremios. Gracias a vuestra… Bien, el caso es que no necesitaba dinero, excelencia… Veo que no os agrada que os exprese mi agradecimiento…

—Sois exasperante, mi buen Taquín. Id al bulto, ¡condonado charlatán!

—Decidí ir a visitar a Bussy d’Amboise y expresarle mi contento por haber tenido la fortuna de estar con vuestras excelencias en las horas en que se cometía el crimen-y taimadamente, Prosper Taquín pareció olvidar la confesión del Pirata Negro de que no tenían testigos que acreditasen cómo habían empleado el tiempo entre la partida de Rochefort de los Campos Elíseos y la llegada de ambos españoles al domicilio de los Youpin.

—¿Y qué os dijo D’Amboise?

—Llegaba a la calle donde está la casa de Bussy d’Amboise, cuando retrocedí presuroso, ocultándome entre setos.

—¡Tate!… ¿Qué os obligó a tanta prudencia? ¿Tenía el galante caballero una cita amorosa?

—Ante su puerta estaba detenida una carroza color frambuesa, guiada por un lacayo con librea del mismo color, y tirada por das caballos también de este satánico matiz.

—Es un color hermoso. Seguid.

—Una enmascarada, excelencias, de frágil silueta, demostró gran energía nerviosa. Llevaba en brazos el exánime cuerpo de Bussy d'Amboise.

—¿Una enmascarada?

—Sí. Llevaba el antifaz de mango de nácar, que usan las damas parisinas en.sus citas amorosas.

—Seguid.

—La enmascarada, con evidentes esfuerzos, condujo entre sus brazos a Bussy d'Amboise al interior de la carroza. El postillón fustigó los caballos, y la carroza partió.

—Bien. Hermosa narración-y los ojos del Pirata Negro brillaron —. Tengo hartura de mentiras, señor Taquin.

—¡No os miento, excelencia! ¡Os juro que...!

—Por partes. ¿Una mujer enmascarada llevando en brazos a un hombre, y a la vez una máscara ante el rostro sosteniéndola con su mano?.. Hazaña difícil para un robusto atleta...

—Perdón, perdón-suplicó Taquín. Y apresuradamente corrigió: —Ella cubría su rostro con la máscara al descender de la carroza, pero al salir de la casa el antifaz estaba en su mano, y tenía el rostro descubierto. No la conocí... Aunque, si la viera, sabría inmediatamente reconocerla.

—Continuad.

—Me alarmó el hecho. Vacilé en acudir a las autoridades..., pero el miedo me aconsejó algo mejor. Sabía que Bussy Leclerc comía en una taberna del Rond-Point, de la Villette. Le esperé y... ¡la carroza frambuesa, excelencias!

—¿A qué hora?

—Las dos. Escasamente una hora después del rapto de D'Amboise.

—¿Qué ocurrió?

—Me oculté en la taberna cuando vi que también la carroza parecía aguardar a alguien. Vi llegar a Bussy Leclerc. La enmascarada asomó el busto e hizo ondear un pañuelo. Bussy Leclerc se aproximó, y poco después caía al interior de la carroza, que partió rápidamente. ¿Quién es la enmascarada? No lo sé. Pero os aconsejo la huida, excelencias, porque presumo que esos dos raptos no tienen más que una explicación. Al no comparecer los dos Bussy ante el Rey pura ratificar su palabra, prevalecerá la del

denunciante. Y dictarán inmediatamente orden de prisión contra vuesas excelencias.

—¿Sabéis que es el segundo favor que os debo, señor Taquín? Vuestra revelación me inquieta por el peligro que puedan correr los hermanos Bussy. Me considero responsable de 1o que a ellos les pueda suceder. Y, por tanto, ¡yo seré quien irá a palacio a las cinco!

Prosper Taquín era hombre que normalmente poseía una facilidad de expresión que le permitía hallar rápidas respuestas por más apabullante que fuera el léxico de su interlocutor.

Pero ante la réplica del Pirata Negro, no halló con la prontitud habitual argumento adecuado para responder. Y cuando encontró razones más que suficientes para oponerse a lo que le parecía descabellado, consideró tarea muy ardua el exponerlo, no por falta de palabras, sino por temor a la reacción.

El Pirata Negro repiqueteó con los dedos en la mesa, llamando la atención del francés.

—Tenéis cara de pasmo, Prosper. ¿He dicho alguna monstruosidad incoherente?

—Si mal no he oído, excelencia, afirmáis que…

—Si mal no oigo, me estáis enjaretando con abundosa insistencia un tratamiento que sólo tributo yo a los vinos de calidad y a las damas de peculiar belleza. Apead el tratamiento.

—No os llamo “excelencia” por adulación, señor Lezama. Bajo caí, pero no incurrí en la deshonra de adular. Para mí, señor Lezama, quien como vos desafía al mundo entero, tiene una categoría superior a cuantos por circunstancias, a veces de mérito, poro debidas a partidismos y amistades en la mayoría de los casos, tienen títulos indebidamente otorgados.

—Si tanta importancia le concedéis al hecho de que viaje por donde se me antoje, indiferente a los recibimientos que pueda hallar, dadme, pues, la distinción de no adocenarme con un tratamiento vulgar. Y ahora, hablad. ¿Por qué habéis torcido el gesto al oír mi intención de visitar ni rey, si es preciso, en la ausencia de los hermanos Bussy?

—Excusadme si me inmiscuyo, señor hidalgo, pero como hombre de leyes tengo que reconocer que los códigos tienen una rigidez insensible a los gestos caballerescos. Por la gravedad de la acusación, dos palabra de honor se enfrentan. La de vuestro

denunciante y la de los hermanos Bussy. Al no comparecer ésos, prevalecerá la del denunciante. Y dado el estado de cosas, seréis apresados y ajusticiados. Si me toleráis el asesoramiento, yo os aconsejo..., no la huida, pero sí un ocultamiento, hasta que aclarados los hechos...

—Os agradezco el asesor amiento, Prosper. Pero tengo mis propios puntos de vista. Las injusticias me soliviantan, y, aunque imite al cordero que a cabezazos pretende derribar muros, personalmente quiero demostrar que ni jueces ni verdugos ni Reyes pueden forzarme a quedarme rabiando, cuando tengo el deseo de exhibirme rabioso. Porque os que este maldito asunto me tiene a1 borde del paroxismo del enojo, y a fe mía que, si no fuera tan apremiante la hora, acudiría a palacio con mis picaros, y, si preciso fuera, al abordaje tomaría yo la justicia, para demostrar que en todo lo sucedido no hay más que una malvada intriga sinuosa.

Levantóse el Pirata Negro, echando hacia atrás violentamente él sillón en que se sentaba.

—No hace falta ser un lince para poseer la evidencia de los hechos. Si los Bussy no comparecen, si se comprueba que no se hallan en París, ¿No se pensará, acaso, que han huido? ¿No se considerará que un poder tendencioso los ha apartado, para impedirles cumplir? En fin, no hablemos más. Os quedo muy reconocido, Prosper a vuestros consejos, que he tolerado porque los sé dictados por un buen deseo.


...¿Cuál es tu opinión sincera?

—Entonces, señor hidalgo, os deseo muy buena suerte, así como a vuestro amigo. Quedo vuestro rendido servidor, lamentando tan sólo que, por no ocupar mi antigua posición, no pueda hacer oír mi voz en las altas esferas.

—Hasta la vista, Prosper.

Cuando el visitante se hubo marchado, el Pirata Negro enfrentóse con Diego Lucientes.

—Cartas boca arriba, estudiante... ¿Cuál es tu opinión sincera?

—Largarnos, señor.

Y el madrileño pegó de pronto recio puñetazo con su manopla izquierda encima de la mesa. Las botellas retemblaron y dos copas cayeron...

—Destrozando el mobiliario del “Cocq d’Or” nada se resuelve, señor Lucientes.

—Es que estoy hasta el occipucio de tanto enrevesamiento, señor. ¿Poiqué mil diablos me quieren asar?

—Tardo eres en comprender, o los aires de París han envuelto en brumas tu cerebro. Lo que ocurre es sencillísimo.

—¿Sí? Entonces declaro que mi entendimiento, más que obtuso,

es un cenagal sin fondo, porque I. comprendo nada de nada. Sólo veo que hay alguien interesado en que me embrochen a la parrilla, y no veo la razón que motiva tal encono.

—Tú sirves de pantalla a un personaje encopetado. Estudiemos con calma lo ocurrido. Nos delata el duque Retors. ¿Quién es y por qué nos elige por borregos de matadero? ¿Por encono personal? No, porque de nada le conocemos ni tratos tuvimos con él. Por las circunstancias de tu lance con el barón de Rochefort, cabe deducir sin temor a engaño que Raquel Youpin anda mezclada en todo eso, y también el duque Retors, que es el denunciante. ¿Opera Retors por cuenta propia? Si es así, él es el autor de la muerte de Rochefort, ya que no pudo serlo Raquel, que en aquellos momentos estaba con nosotros.

—Cuando llegamos a su domicilio, podía ella ya haber matado a Rochefort y estar de regreso.

—También hay que pensar en la enmascarada que citó a los dos zíngaros... Puede ser Raquel, o bien Otra mujer. Por tanto, tenemos a tres presuntos complicados. Dos los conocemos. Con una mujer no me veo capaz de intentar ciertos interrogatorios; pero, por lo que afecta al duque Retors, ya es distinto. Es un hombre y tendrá que darme explicaciones del porqué denunció-un hecho falso, apoyándolo con su palabra de honor. Y ya es para mí un punto de caprichoso empeño dejar bien claro todo eso. Te aparto de la cuestión, señor marqués de Avapiés, ya que no te juzgo responsable. Has sido elegido por un azar, como lo podría haber sido otro cualquiera, para servir de pantalla. Tienes, por tanto, perfecto derecho, y en nada afectará a tu hombría, el que sigas el consejo de Prosper.

—Estimo que lo sensato, señor, es poner distancia entre nuestros pellejos y el verdugo de Francia. Que me caven una tumba o desparramen mis cenizas teniendo yo razón, no me consolaría en absoluto.

—Sensata es tu opinión, señor Lucientes. Dirígete a, Burdeos, y aguárdame allá. Tú eres el principal inculpado. Contra mí, no hay tanta inquina. “Cien Chirlos” y “Piernas Largas“ te acogerán con gran satisfacción. Son dos perillanes que te aprecian.

Ciñóse el Pirata Negro el cinto, cogió la capa y tendió la diestra.

—Hasta la vista, señor marqués de Avapiés.

Se dirigía ya hacia la puerta, cuando se volvió a medias:

—¡Ah! No como reproche, sino como moraleja. Tengo la certidumbre de que no volverás a usar el título de marqués, por los malos recuerdos que despertaría en ti.

Salió, después de mirar sonriente al madrileño por un instante. Lucientes sentóse y, apoyando los dos codos en las rodillas, encajó su mentón entre los puños.

CAPITULO VI

En el Palais-Royal

Doblaba el Pirata Negro la esquina, recién salido del “Cocq d’Or”, cuando vi ó a Prosper Taquín que avanzaba a su encuentro.

—Os he aguardado, señor Lezama, porque se me olvidó aclarar un extremo. Es a propósito de la enmascarada.

—Vuestras aclaraciones no son mal recibidas, Prosper, porque, tengo muchos deseos de un sol que disipe tanta bruma.

—Os confesaré que cometí la indiscreción, de escuchar tras la puerta, al salir. Os oí hablar con el señor Lucientes.

—¡Tate!... Sois un caso especial. ¿Sudáis y resopláis por la carrerilla o por la confesión?

—Corrí cuando os disponíais a salir, señor hidalgo. Impulsos incontenibles... No puedo dominar mi temor.

Pero... yo conozco a Raquel Youpin.

—¿Y bien?

—No era ella la enmascarada.,

—Un punto aclarado.

—También oí que vuestro denunciante era el duque Retors. No conozco a dicho noble, pero goza de prestigio. Es el bastardo de una antigua favorita. Me intriga que os haya acusado.

—Creedme que más me intriga a mí. Bien, Prosper, no os retengo más. Rondan las cinco y el Palais Royal está alejado. Hasta más ver.

—Buena suerte, señor hidalgo.

Marchóse Lezama, y cruzaba la Gran Plaza de Oriente, cuando oyó unos pasos a su espalda. Miró tan sólo de soslayo al que adaptaba el andar al suyo.

—Fresca la tarde, ¿verdad, señor Lucientes?

—A mí me huele a chamusquina, señor-rió el estudiante —. Huelo a carne de borrico asado, y a carne de hidalgo tozudo que se empeñó en ir a la brocha.

—El consejo do Prosper era sensatísimo.

—Por eso no lo sigue... ¡ni yo tampoco! ¡Repámpanos! ¿Cómo pudiste creer que podría yo marcharme a Burdeos sin ti?

—No somos gemelos-obligados a recorrer las mismas sendas.

—Si yo no hubiera sido un falso marqués, por una noche, tu estancia en París no habría hallado este tropiezo.

—Que muy bien sabré resolver a solas, sin necesitar para nada de tu presencia.

—No pico el anzuelo, señor. Antaño quizá habría respingado. Hogaño te conozco ya lo suficiente para que te diga que no pico ni me pico.

—Vas progresando, buen mozo-y el Pirata Negro, sin sonreír, siguió andando hasta que, pasados unos instantes, su diestra tocó el cinto del madrileño —. Cargaste el arsenal.

Diego Lucientes miróse las dos pistolas, la daga y la espada.

—Tengo la presunción, señor, de que vas a hablar, y también de quo estás dispuesto a que no vuelvan a encerrarte, si no atienden tus palabras, lo que temo ocurrirá. Por tanto, he tomado mis precauciones, Valgo doble ahora, desde que me pusieron hierro en el antebrazo que me faltaba.

—Entonces, vales por una docena de hombres. Y vas despejándote. Has acertado al suponer que a mí no me vuelven a encerrar. Harto estoy de París y sus rejas de cárcel. Yo creo que nos pierde un exceso de vanidad, estudiante. No nos disgustaría hallar la muerte en el Palais-Royal, por aquello de los comentarios-y en tono enfático recitó —: “Dos españoles, solos, sin más acicate que una testarudez digna de mejor causa, desenvainaron en pleno palacio real al no ser atendidos. Y procuraron emular la hazaña de Sansón, que supo caer sepultando con él a los filisteos.

Rió el Pirata Negro, dando un leve codazo a su acompañante.

—¿No te alegra el ánimo saber que si mueres, mueres alborotando en el palacio de un rey?

, —Hay quien preferiría vivir en choza de pastor. ¡Maldita sea la ocurrencia que tuve de venir a París!

—No es la ciudad, sino el signo que preside ciertas vidas. Hubo

un rey llamado Midas que convertía en oro cuanto tocaba. Hay otros hombres que, por donde van, cambian la vulgaridad del cotidiano vivir en agitado ajetreo. Conformémonos con nuestro destino; es tal nuestra condición, que, cuando podemos huir, preferimos demostrar que somos imbéciles, y no poseemos la virtud de probar que, pudiendo ser sensatos, elegimos ser locos.

—La virtud es una cosa muy bella, pero encuentro que el desorden es muy interesante. Y un cierto desorden en el Palais-Royal presta vislumbre de virtud a quienes lo impongan.

* * *

Georges La Bruyère tenía instalado su despacho en el Palais Royal, en la vasta antesala, que conducía a otra donde eran introducidos los que habían logrado que les fuera concedida audiencia real.

Cuando a las cinco menos cuarto de la tarde le fue anunciada la visita de M. de Saint-Just, el secretario de Justicia acogió cordialmente la entrada del rubicundo y rollizo acusador real.

M. de Saint-Just expuso sus opiniones acerca del “caso” de la muerte del barón de Rochefort, y a medida que las iba presentando, La Bruyère adquiriría mayor interés en lo que escuchaba,

Al terminar Saint-Just su meticulosa exposición de los hechos, según mi propia deducción, La Bruyére inició la réplica.

—En este despacho he oído muchas manifestaciones íntimas de todo orden, desconcertantes y extrañas. Os estimo en mucho, Saint-Just, porque no en balde habéis sido designado para un cargo de vuestra responsabilidad. Pero creedme que es peregrino que un acusador sea ahora defensor de los mismos a quienes esta mañana debía entregar al verdugo. Y comparo vuestra actitud a la de los hermanos Bussy. En definitiva, decidme: ¿es o no falso el pretendido título del español?

—Se negó siempre a dar sus nombres, y admitió la falsedad del título que dijo haber elegido para andar a sus anchas por esta corte. Indudablemente es un aventurero.

—¿Y el otro español?

—Hay en él rasgos de nobleza auténtica, excelencia. Pocos serían los que, bajo el peso de tan grave acusación y habiendo logrado evadirse, de nuevo se reintegraran a la prisión.

—No creo descubriros nada nuevo al indicaros que la

mentalidad española es propensa a alardes de loca valentía. Desafían abiertamente toda prudencia, y, lanzados en un empeño, son capaces de retar a la misma muerte, con tal de que nadie pueda suponerles capaces de claudicación o cobardía. ¿Es o no cierto que el duque Retors dio con su palabra de honor fuerza de prueba a la denuncia? No pretenderéis defender a dos aventureros en contra de la palabra de un duque francés.

—Dos aventureros, excelencia, cuyo pasado ignoro, pero que son del temple de los forjadores de imperios.

—No exageréis, mi buen Saint-Just —refutó La Bruyére, con benevolencia.

—Los Bussy no tienen amigos, excelencia. Ambos, y sobre todo Leclerc, conocen a la humanidad, Ellos dos comparecerán ante el rey, a las cinco, y son dos franceses que salen garantes de dos españoles frente a la palabra de un duque, cuyo título no me incumbe discutir. Los hechos de un rey, bien hechos están.

—Vuestra reticencia la puedo admitir, Saint-Just, porque estamos solos y nadie nos oye. Pero tiene visos de acusación contra el duque Retors.

—Entre los Bussy y Retors, ¿a quién elegís, excelencia?

—Es capciosa vuestra pregunta... Sois un sofista-dijo La Bruyére, con amabilidad —.Ved que... ¡Adelante!

El ujier que con su llamada había interrumpido al secretario real, anunció que dos caballeros deseaban ser recibidos. Extrajo La Bruyére un grueso reloj-envidia de muchos por su ingenioso mecanismo suizo que lo permitía llevarlo en el bolsillo de la faltriquera, sujeto por gruesa cadena —, y, viendo la hora, dijo:

—Seguramente los Bussy, antes de comparecer ante el rey, quieren honrarme con su visita. Introducid a los señores Bussy, ujier.

El ujier, que iba a retirarse, volvió sobre sus pasos,

—Perdón, excelencia. Los dos caballeros que desean ser recibidos son extranjeros.

—¿No os dieron el nombre?

—No, excelencia.

—Tengo otros quehaceres que atender. Decidles que no puedo recibirles y que anoten en e1 pliego de solicitudes sus nombres y motivos por los que quieren visitarme. ¿Qué ocurre?

—Los dos mosqueteros de guardia, excelencia, quisieron oponerse a su cintrada, pero intervino el capitán Grinchon, que con grandes muestras de deferencia fue a recibir à dichos caballeros,

—¿Qué hace Grinchon aquí? —inquirió La Bruyére, dirigiéndose a M. de Saint-Just ¿No había solicitado continuar de guarnición en el Chatelet?

—Supongo, excelencia, que, al igual que yo, se ha interesado por la solución de este caso, que llegó a comprometer su carrera. Por lo que antes os expliqué, la voluntaria entrega de los dos españoles hizo que el capitán Grinchon estimara tal acto como una manifestación de respeto a los mosqueteros.

—¿Observasteis algo anormal en esos dos caballeros, Gerard? —preguntó La Bruyére al ujier.

—El señor capitán, que relevó la guardia a las cuatro, al ver llegar a esos dos extranjeros, avanzó a su encuentro y, tras saludarles efusivamente...

—Anormalidad-sonrió La Bruyére-en quien como Grinchon no se caracteriza por su efusión, sino más bien por su adustez. ¿Qué más?

—El capitán Grinchon aludió a la galantería española...

—Permitidme, excelencia-intervino Saint-Just. —. ¿Uno de ellos es de tez muy bronceada y el otro luce cabellos rojos?

—Sí, excelencia-replicó el ujier.

—Son los dos españoles cuya inocencia apoyan con su palabra los dos hermanos Bussy, excelencia-explicó Saint-Just.

—Salid, Gerard. Cuando pulse el cordón, introducid a esos dos caballeros-y apenas el ujier húbose marchado, La Bruyére preguntó a su visitante —: ¿Sabéis por qué motivo desean verme esos... señores?

—Lo ignoro, excelencia. Quizá si los oís podréis formar mejor concepto de ellos, que basándoos en lo que yo haya expuesto. Permitidme, sin embargo, advertiros que el llamado Lezama tiene cierta entonación autoritaria, dentro de la más estricta cortesía. Como de hombre habituado a mandar... En fin, lo advierto porque difiere de los cortesanos. Y entre nosotros, excelencia, sugiero que tengáis benevolencia, ya que debe haberles sido enojoso verse acusados injustamente.

—No os anticipéis tanto, Saint-Just. Siguen siendo acusados, y Su Majestad es quien, después de la comparecencia del duque y de

los hermanos Bussy, ha de dictaminar si son o no inocentes.

Georges La Bruyére tiró del cordón cercano a la mesa, y poco después la puerta se abrió.

El Pirata Negro, destocado y seguido por Lucientes, avanzó hasta que-frente a la mesa ocupada por el secretario real, y junto a Saint-Just, saludó con leve inclinación.

—Permitid, señor que efectúe nuestra presentación. Carlos Lezama y Diego de Madrid.

La pertinaz actitud del madrileño en no declinar su apellido en evitación de que la noticia de que aún vivía pudiera llegar al castillo de Civry, donde le creían muerto, fue compartida por el Pirata Negro.

Georges La Bruyére, con ademán cortés, se incorporó ligeramente, saludando, y señaló dos sillones a sus nuevos visitantes.

El Pirata Negro dedicó otro saludo a Saint-Just.

—Nos excusaréis por haber solicitado el ser recibidos, señor. Valga como atenuante el hecho de que, por ser los principales interesados, decidimos someter a vuestro estudio diferentes sugerencias.

—Yos diréis, señor Lezama.

—Me congratula hallarme ante dos personalidades que, por la categoría de sus merecimientos, defienden la justicia en París. Sé, por tanto, que mis palabras serán estimadas en lo que valen. No es menosprecio a la ley, pero tanto mi amigo como yo consideramos algo perjudicial la disposición que determina que puedan ser inculpadas personas por la simple palabra de honor de un denunciante.

—Tened en cuenta, señor Lezama, que también fue la palabra de honor de otros caballeros la que permitió se suspendiera el juicio iniciado. Lamento haber de indicaros que, a, no ser por la intervención y el apoyo de los hermanos Bussy, a estas horas no os oiría.

—La intervención y el apoyo de los hermanos Bussy me honran enormemente, señor. Os ruego que no toméis a descortesía la aseveración que deseo formular. Con los Bussy o sin ellos, hay un hecho cierto: el duque Retors miente.

Georges La Bruyére enderezó el busto y su semblante perdió la

amabilidad, convirtiéndose en un rostro severo.

—Dura ha sido vuestra última frase, señor Lezama. Os disculpo porque no dejo de tener en cuenta el perjuicio que os ha causado una denuncia que, a no ser por los hermanos Bussy, habría tenido un epílogo muy distinto.

—Estáis en vuestra casa y en vuestra patria, señor. Por lo tanto, tendréis una gran tolerancia para soportar los desmanes de un forastero que ha visto agotada su paciencia. Desde nuestra llegada, tanto mi compañero como yo hemos demostrado que, confiando en la justicia, estábamos dispuestos a someternos a su dictamen. Prescindimos de la opinión personal, que nos hizo meditar en la fragilidad de una ley que permitía enviar al cadalso por una palabra de honor de quien puede muy bien carecer de ello.

—¡El duque Retors, por privilegio real, tiene fuerza de prueba en su palabra!

—Por más privilegios que los reyes concedan, no son responsables de que quienes los reciban no sean dignos de ellos. Pero abandonemos ese tema. Si bien lo que ahora digo espero tener ocasión de repetirlo ante el propio duque, me molesta hablar despreciativamente de los ausentes. Quizá por proceder de una tierra que torpes entendimientos de franceses ignorantes tildan de salvaje, me atengo a un salvajismo muy especial. El de que, hasta ahora, en España sólo se entrega al verdugo al que se apabulla con pruebas fehacientes. Por ejemplo, en el caso que nos ocupa —a vuesas mercedes como árbitros de ley, y a nosotros como cuerpos de castigo—, en España sólo enviarían al cadalso si existieran testigos oculares o pruebas incontestables qua acusaran. Nunca supuse que en París bastara, para dar trabajo al verdugo, la palabra de un hombre que, por más duque que sea, tendrá sus debilidades, virtudes y villanías.

—En casos especiales, la ley dictamina que la palabra de honor de un testigo de alcurnia, que manifieste haber sido cercano o lejano testigo del crimen, tiene la equivalencia de prueba. Y el duque Retors afirmó que os vio salir a ambos del domicilio del barón (le Rochefort. No pudo daros alcance, pero vuestra salida tuvo lugar poco después de que le llamara la atención un grito agónico de la víctima. Por ser hora temprana, no había más presentes, aparte de dos zíngaros que también huyeron. Tal es la

acusación, que ahora os revelo, y que queda supeditada a la decisión real. Por otra parte, señor Lezama, os hago constar mi desaprobación ante el tono que empleáis, y que no estoy acostumbrado a permitir.

Saint-Just escuchaba adoptando la actitud de un deferente oyente. Diego Lucientes tenía el firme propósito de no dejarse impresionar por nada de cuanto pudiera suceder.

El Pirata Negro extendió las manos en ademán pacificador.

—No va particularmente contra vos mi queja, señor. Ya contra la peculiaridad de una ley que no se detiene a examinar un punto que, por lo visto, ha pasado del todo desapercibido.

—Indicádmelo —dijo secamente La Bruyére.

—Si yo afirmo que fuimos mi compañero y yo quienes vimos salir al duque Retors del domicilio del barón de Rochefort, poco después de haber oído un grito agónico, ¿qué replicaríais?

—Que no concedo crédito a una denuncia posterior, en mucho, a la del primer denunciante. Esa es ley que supongo también tendrá curso en vuestra tierra.

—Exacto. O sea, que mi afirmación os parece un embuste. Lo es. Nosotros no podemos denunciar al duque Retors por una razón sencillísima: porque estábamos muy lejos del lugar donde Rochefort halló la muerte.

—Capcioso y sofístico, señor —rebatió La Bruyére—. Abandonemos esta conversación, en espera de que Su Majestad se digne llamarme y darme cuenta de su decisión, después de sus entrevistas con los hermanos Bussy y con el duque.

—Vine a consultaros, señor secretario. En la suposición de que los hermanos Bussy no se presentaran, ¿qué ocurriría?

—Examinando imparcialmente el caso prescindiendo de mi particular amistad con los citados caballeros, considero que la ley dictaminaría, de acuerdo con Su Majestad, que el denunciante sostenedor tiene razón. Pero habláis de algo improbable. Lo que los hermanos Bussy sostuvieron esta mañana, lo sostendrán esta tarde. A esta hora-y consultó de nuevo La Bruyére su reloj oval y pesado —estarán ya en presencia del rey. No necesitan hacer antesala,

—Bien. Pero supongamos que no se presentan los hermanos Bussy; ¿qué deduciríais?

—Vuestra culpabilidad… —dijo valientemente La Bruyére,

aunque su diestra deslizóse lentamente por encima la mesa, como en gesto sin finalidad, pero que en realidad era un intento de aproximación al cordón de llamada.

—Una conclusión tajante, señor... ¿Por qué no deducir que los hermanos Bussy fueron puestos en condiciones de incapacidad de acudir a la entrevista? ¿Por qué no suponer que una misteriosa enmascarada les atrajo a una cita de emboscada? Que los Bussy a hombres no se rendirían, pero sí pueden muy bien sucumbir ante la aparente debilidad y halago de una vez femenina.

—Esto es dar rienda suelta a vuestra poderosa imaginación, cualidad, por cierto, muy meridional.

—Estoy hablando en términos legales, señor. Si los Bussy no acuden, como vos mismo habéis dicho antes, a sostener lo que por la mañana afirmaron, ¿lo conceptuareis retractación? Un Bussy prefiere morir antes que incurrir en tal acción. Bien, hasta ahora he sido comedido y mesurado en cuanto he hablado. Mi propio compañero, que es bastante locuaz y posee un léxico abundante en recias y convincentes expresiones, guarda ahora un elocuente silencio. Ya no quiero hacer más alusiones a que en nuestra actitud alienta la mejor prueba de que somos enteramente ajenos a toda participación en estas zarandajas de crimen y brujería. De lo que pueda suceder, si se persiste en considerarnos culpables, pese a cuanto llevo expuesto, sólo vos seréis el responsable, señor.

—¿Acaso me amenazáis? —preguntó La Bruyére, palideciendo de ira.

—No tal-sonrió el Pirata Negro —. Dejadme tan sólo ir exponiendo el motivo de mi visita, así como la del caballero de Madrid. Hemos sido dóciles corderos que balan repetidamente mirando con ojos sumisos la mano del matarife. Hemos decidido no balar más... Retirad la diestra, señor. Demostraríais que no confiáis en la justicia, y preferís el uso de la fuerza si llamarais gente armada.

La Bruyère fue a asir el cordón, pero antes que lo lograra, la mano del Pirata Negro lo rodeó la muñeca.

—Excusadme, señor. No me obliguéis a precipitar los acontecimientos. No llaméis. Hacedlo por propia decisión de hombre que cree que no ruin en peligro, porque sirve á una ley que ciegamente estima justa. Ni a vos ni al señor Saint-Just atacaremos,

pero quien entrara por esa. puerta con intenciones de apresarnos convertiría el Palais Royal en escenario de desagradables espectáculos que se iniciarían en este despacho, donde no debe oírse más que la voz de la razón, no la de la fuerza bruta.

Desasióse La Bruyére, porque el Pirata Negro, en pie, quitó la mano voluntariamente.

—Tenéis modales impropias de donde estáis... Si no llamo no se debe a temor, sabedlo. Quiero creer que los que fueron defendidos por los hermanos Bussy, lo merecían.

—Tengo hartura de que otros me defiendan, señor. Será orgullo herido o vanidad de insolente fatuo, pero por doquier he enarbolado mi pabellón personal. Y mi mayor obstinación ha sido hablar ante quien sea, defendiendo personalmente mis intereses. Por eso he venido. Hablo en singular porque en cuanto digo oíd el eco de mi compañero. Desde que llegamos a París, con los mejores deseos de comodidad y reposo, una intriga nos ha convertido en títeres.

Y sólo somos títeres cuando así lo deseamos.

—No comprendo vuestra actitud amenazadora, señor.

—Es en previsión de que por hechos que lamento haber sabido, porque suponen peligro para la vida de los hermanos Bussy, vuelva a afirmar la ley que de nuevo debemos responder por un delito que no cometimos,

—¿Los hermanos Bussy en peligro? se alarmó Saint-Just,

—Quizá no hasta el extremo de que estén muertos, aunque no puedo saberlo. Pero sí afirmo que, para evitar que pudieran comparecer ante el rey, han sido puestos en lugar seguro e ignorado. Y si la decisión real es que se nos encarcele de nuevo, estimad, señor La Bruyére, como muy natural, nuestra real decisión de que no prevalezca por más tiempo el balido del cordero, y se deje oír el gruñido de la fiera acorralada.

—Grave es lo que estáis diciendo, señor. Si los Bussy no comparecen, Su Majestad montará en cólera, y a buen seguro me enviará orden de dictar rápidas medidas conducentes a vuestro encarcelamiento... Yo quiero Ser imparcial, atendiendo a ciertas explicaciones recibidas con anterioridad a vuestra visita, y que el señor Saint-Just vino a exponerme; la vos de la razón me hace comprender que si sabedores de que los hermanos Bussy no han de

presentarse, habéis, no obstante, acudido sin ser citados, pudiendo alejaros de París, es porque no tenéis en la mente la perniciosa influencia de un delito cometido. Poro… si el rey me lo ordena…

—Dad entonces las órdenes que os incumben, que por nuestra parte no incurriremos en la borreguil aceptación de que nos apresen, entregándonos a una ley absurda. Aun seguimos conversando, señor. Antes de que, obligados por las circunstancias, tengamos que desenvainar, no contra vos ni el señor Saint-Just, sino contra los que vengan, os ruego tan sólo que consideréis adecuadamente un hecho evidente: los hermanos Bussy no han acudido, y nosotros sí, para hacerles honor a ellos, que no quebrantarían cita de tanta importancia, a no estar supeditados a fuerza mayor. La de una o varias mujeres, que son los enemigos que, con la complicidad del duque Retors, dificultan mi tarea. Os seré sincero, señores. Nunca me he atenido a leyes, y si tantas vueltas he dado a este caso, apartándome de mi habitual línea de conducta, ha sido, sencillamente, porque los hermanos Bussy intervinieron, y, por encima de todo, porque no sirvo para obligar a una mujer a que hable. Tengo la convicción de que hay una mujer, que para nada ha aparecido en el sumario, y que podría decir la verdad sobre la muerte del barón de Rochefort.

—¡Citádmela! La obligaré a comparecer y será interrogada.

—No. Yo tengo un concepto muy especial en estas lides, en que las palabras de unos pueden comprometer a otros. Ya tratándose de un hombre, aunque fuera mi peor enemigo, no acudiría a la ley para que lo castigara. Con tanta más razón, no pienso ser delator de una mujer, sea quien sea. Tengo trazada mi línea de conducta. Por de pronto, el primer paso es aguardar la decisión real. Si salgo de aquí libremente, mejor. Si me quieren impedir el paso, peor.

—Os advierto, señor, que estáis en el Palais-Royal, y espero no pretenderéis oponeros a la decisión de Su Majestad con osadía incalificable que os costaría la vida.

—Siempre ha sido mi opinión que hay varias maneras de morir. Una en pie y con las botas puestas, sin cejar hasta que la mano quede sin vida, y otra amarrado y balando. Estoy ahora en condiciones de elegir y no cabe duda que estoy firmemente decidido a escoger la que me corresponda. No hay ley que me impida demostrar que espada en mano he muerto defendiendo mi

razón. Aunque no creo lleguemos a ese extremo, porque todo mi interés, así como el de mi silencioso acompañante, está en salir del Palais-Royal y permanecer en París, hasta que la verdad se haga. No hay jactancia en lo que afirmo, señores. Soy hombre que ha visto transcurrir la mayor parte de su existencia pisando la cubierta de un barco y oyendo el lenguaje del mar. Tengo algunas de las supersticiones del marino y una de ellas me ha hecho venir; la que afirma que hay una providencia para el que, espada en mano, defiende una causa justa.

“Monsieur” de Saint-Just se puso en pie.

—¿Me permitís una sugerencia, basándome en puntos legales, señor secretario? —preguntó el acusador.

La Bruyére hizo un ademán de impaciente afirmación.

—La comparecencia de estos caballeros-dijo Saint-Just señalando a Lezama y Lucientes con sendas inclinaciones de cabeza-es puramente personal y privada. Acudieron de “motu proprio” y no por “juris utendi". Hasta que la decisión real no os sea conocida, Excelencia, esos caballeros son meros visitantes. Dejadme, pues, que abandone con ellos vuestro despacho, pura que intercambie con ellos pertinentes razones, que redundarán en beneficio del mejor cumplimiento de la ley. ¿Accedéis, Excelencia?

—Confío en vuestra sagacidad, Saint-Just.

—Gracias, Excelencia. Os ruego, señores, en súplica personal y privada, que me atendáis no menospreciando mi invitación. Deseo hablar con vuesas mercedes para dejar bien sentados determinados puntos aclaratorios.

—Exponiendo vuestros deseos de tal manera, sería terquedad descortés no aceptar invitación que es digna de aprecio. Os saludo, señor la Bruyére.

El secretario real devolvió secamente la inclinación del Pirata Negro. Diego Lucientes levantóse, y salió en pos de Saint-Just y Lezama.

En la antesala, Roger Grinchon les acompañaba hasta el umbral del vestíbulo, cuya guardia le estaba encomendada, porque así lo había solicitado.

Saint-Just, ya en el amplísimo salón cuyas paredes presentaban amplios ventanales abiertos sobre la terraza que daba a los extensos jardines del Palais-Royal, se detuvo, enfrentándose con el Pirata

Negro. Lucientes se acomodó en el reborde de un balcón.

—¿Sabéis quién es la enmascarada, señor Lezama?

—Tengo mis sospechas y no tardaré en comprobarlas. ¿Para eso me sacasteis del despacho del secretario?

"Monsieur" de Saint-Just elevó los rollizos hombros en evasivo ademán.

—No os conviene la lucha para forzar un paso que os permita salir del Palais-Royal, señor Lezama. Os hablo sin tener en cuenta que por acusador real estoy comportándome inmoralmente. Pero válgame la paradoja cuando afirmo y juro que en mi inmoralidad velo por la moralidad de la justicia. No puedo demostrar la falsedad del duque Retors. Vos sí, empleando vuestros métodos, de los que tengo un recuerdo reciente, por el cual no siento él menor rencor. Mi única obsesión es que impere la justicia. Abandonad con vuestro amigo el Palais-Royal. No volváis al "Cocq d'Or", porque allí es donde se os buscará.

—¿Para eso me hicisteis venir hasta esa confortable salida?

—Quiero evitar dos lamentables tragedia. Que caigan mosqueteros del capitán Grinchon y que los hermanos Bussy no tengan quien pueda acudir en su auxilio.

—Dos razones que os acreditan de eficaz argumentador.

—Sabed que el secretario ha demostrado ya que su ánimo ha quedado favorablemente impresionado, pese... a vuestra recta manera de hablar sin ambages. Si como teméis no comparecen los hermanos Bussy, él dictará orden de prisión contra vuesas mercedes. Y yo no podría someter ni duque Retors a un interrogatorio... que vos sí estáis en condiciones de hacer.

—Sois agudo. No os quepa la menor duda de que esa es mi intención. Esta noche (y os lo digo tan privadamente como lo que hasta ahora vos me habéis dicho), acudiré a visitar al duque Retors, y asco me tendría si tras conversar con el misterioso duquesito, que deploro sea alfeñique tan endeble, no pusiera en claro todo lo que deseo dejar dilucidado de una vez para siempre.

—Gracias, señor Lezama. En nombre de Grinchon, sus mosqueteros y los hermanos Bussy. Y también en nombre de la ley, que a veces precisa acudir a procedimientos anómalos para lucir con justicia. Desde donde estáis, podéis divisar los vestíbulos que conducen a las antesalas. Ved este pañuelo blanco. Ahora iré a

enterarme si los Bussy han llegado. Ha tiempo que sonó la media de las cinco. Si me veis con este pañuelo aplicado a los labios, abandonad el Palais-Royal; será señal de que los hermanos Bussy no han acudido. Si por fortuna no fuera así, vendré hasta aquí.

Marchóse Saint-Just a pasitos acelerados:

—Un buen leguleyo-comentó Lucientes hablando por vez primera.

—Hábil y diplomático. ¿Estás a disgusto? Lo percibo en tu rostro, y sin embargo, la salida ya no ofrece peligro.

—Tampoco tú estás satisfecho, señor. Este maldito París nos ha envuelto en tal enredo, que hemos dejado de ser quienes somos, como muy bien has dicho, para convertirnos en títeres. Títeres por la ley, títeres poique mujeres hay en este intríngulis, títeres porque no podemos desfogarnos quebrando cabezas y asestando mandobles.

—Nos desquitaremos en el mar, pelirrojo bravucón. Rumbo al Caribe olvidaremos este episodio reposado.

—¿Reposado? ¡Repámpanos! No lo conceptúo así, porque yo tengo buena memoria para ciertas cosas y no olvido que hay parrillas preparadas.

—Lo califico de reposado, porque no liemos tenido pelea. Y poca ha de dar el duquesito.

—Este insecto es el que nos metió en el atolladero, señor. Tiene que hablar, y hablará...

—De eso me encargo. Créeme que mucho me molestó.esta mañana la escena con Raquel Youpin porque aun con las peores mujeres, no sé emplear violencia. Puedo ahorcar, a una hiena, pero no serviría ni tú tampoco, para cosquillearla antes por el gusto de oírla aullar. Pero con el duque Retors es otra cosa. Lo siento...

—¿Tienes compasión de un mequetrefe cobarde y vil que nos delató como autores de indignidades impropias de quienes ciñen espada?

—Dije que lo rúenlo, porque allá diviso a Saint-Just atacado de espumarajos a juzgar por los enérgicos frotes con que se atormenta los labios. Los hermanos Bussy no han podido comparecer. Bien, estudiante, decídete a estudiar una asignatura nueva, que puede intitularse “el arte de navegar por ciudad enemiga con brújula que nos lleve esta noche, sin tropiezos, al domicilio de Retors”.

Atravesaron la terraza, y tras descender la escalinata, pisaban la grava de los suntuosos jardines, cuando el Pirata Negro sonrió:

—Tate... Si no me engaña la vista, allá está el hombre medroso que tiene la valentía de imponerse a su miedo. Las canillas soportando un barril y el busto que se remata en faz de luna, acaban de desaparecer por aquella calle. Prosper Taquín frecuenta los alrededores del Palais Royal.

Al dejar atrás la gran plaza y entrar por la calle en que la silueta inconfundible de Prosper Taquin habíase esfumado, el Pirata Negro apoyó ambos puños en las caderas, mientras con el mentón señalaba hacia el umbral de una puerta en el que Taquin agitábase haciendo ademanes en que la mezcla de respetuosas conminaciones y apremiantes llamadas, le convertían en un grotesco cincuentón sudoroso. Llevaba el tricornio en la mano.

El umbral donde se hallaba pertenecía a un caserón de sólida apariencia. El temprano crepúsculo otoñal envolvía en sombras los contornos...

—Hola, “monsieur” Taquin —saludó el Pirata Negro.

—Mis respetos, señores-habló agitadamente el francés —. Os he estado aguardando con el alma en vilo. Temía a cada instante oír rumores de espadas y pistoletazos en el interior del Palais-Boyal. Creedme si os digo que cuando os vi salir, mi corazón latió alegremente.

—Y odiasteis a correr, para hacer ejercicio que os dilatara los pulmones. En serio os digo, mi buen Prosper, que os quedamos reconocidos a vuestra atención, pero ahora sería prefino que nos despidiéramos, porque a no dudarlo, dentro de pocos instantes, bizarros mosqueteros saldrán en nuestra busca y captura, y no estoy dispuesto a que ellos paguen mi enojo.

—Na os vayáis aún, señores. Tengo... tengo que haceros una revelación sorprendente. Algo inesperado, sensacional, que...

—Estamos en corral ajeno, Prosper.

—Sitio seguro-habló precipitadamente el francés —. Esta mansión pertenecía a los Duplessis, y está es venta. Dignaos entrar, señores, por si... si los mosqueteros tuvieran la malhadada idea de empezar sus pesquisas por esta calle.

El Pirata Negro, seguido por Lucientes, anduvo unos pasos en pos del francés, quien abrió una puerta con llave que extrajo de su

faltriquera.

—Los Duplessis fueron antaño gente a la que pude hacer favores. Cuando partieron a América hace dos meses, me dejaron encargado de la vente, de esta mansión. En ella duermo confortablemente. Y esta sala, es mi estadio,

En una habitación desaseada, en la que algunas maderas que veíanse talladas por un aficionado bastante torpe, hacían las veces de un mobiliario.

Cerró la puerta Taquín y con pueril satisfacción, señaló la linterna colgante de una cuerda.

—La encendí para que al menos tuvierais luz al entrar, señores.

Acercó un banco cubierto con pieles y un escabel sobre el que colocó un cojín recamado en dorados.

—Los Duplessis me permitieron el usufructo de esta habitación, cuyo mobiliario he construido yo mismo. Aquí, señores, si me honráis aceptando mi hospitalidad, podremos estar seguros. Y yo, podré efectuar cuantos encargos me encomendéis, yendo del Palais-Royal al último recodo del Sena, sin que a nadie se le ocurra que el asustadizo Taquin se haya atrevido a enaltecerse dando refugio a dos caballeros perseguidos, cuya valentía es inteligente, y no andarán por las calles desafiando inútiles peligros, en tanto que el misterio de la muerte del barón de Rochefort no haya quedado aclarado a plena satisfacción.



—Sitio seguro—habló el francés.

El Pirata Negro sentóse en el banco y su sonrisa no tuvo ironía.

—Quizás a mi bordo precise un asesor da vuestra talla, señor Taquin.

—Me halagáis, señor... ¡Perdón, perdón! Quise decir que me enorgullece vuestro concepto. Muy gustoso aceptaría, porque sería redimirme, pero os confieso que 1e temo al mar.

—De acuerdo, medroso valiente que os dejáis imponer por la bravura de olas sin perfidia. Aceptamos por unos instantes vuestra hospitalidad ya que veo que esas paredes son gruesas y discretas y no hay ventana que delate la luz. Pero no penséis que hemos entrado dispuestos a ser huéspedes permanentes entregados a la lectura de aquellos libracos que adornan vuestro lecho. Dijisteis que algo sensacional e inesperadamente asombroso nos ibais a revelar. Os confesamos, que tanto mi amigo como yo, estamos ya curados de espantos. Esta vez, París nos ha querido mostrar una faz inhospitalaria y nada nos puede sorprender.

—Yo no quisiera-y el francés había ya dominado su anterior emoción-que os llevaseis un mal recuerdo de mi ciudad natal.

—Al grano, asesor. Qué bien sabéis que en mi carácter no entra

el juzgar por las apariencias. En las calles de París, como en las rutas de las Indias de las especias, hay ruindades y aspectos agradables. Vos sois uno de los aspectos agradables de nuestra visita a París y eso que nada tenéis de hermoso. Y el cúmulo de ruindades lo ha monopolizado el duque Retors.

—¡De él os quiero hablar, señores!

Y en los ademanes demostró Prosper Taquín su excitación al oír citar al denunciante.

—¿Pasó un fantasma, Prosper? —inquirió el Pirata Negro, cruzándose de brazos y dispuesto a acomodarse al peculiar estilo del antiguo legislador favorito de la corte.

—Con vuestra benévola chanza, señor Lezama, habéis definido, sin saberlo, el estado de ánimo en que me hallaba esta tarde a las cinco en punto. Tendré que poneros antes en antecedentes del por qué me hallaba yo rondando la entrada de los jardines del Palais-Royal. Los asiduos de aquel lugar, se ríen cuando me ven, diciendo que la añoranza me lleva a contemplar como un mendigo, los parajes donde antaño entraba en carroza. Cito esto, para demostrar que mi presencia no llama la atención. Soy casi un adorno típico del Palais-Royal, donde acudo a sus jardines cuando abandono el Pont Neuf, que es mi despacho al aire libre, donde tengo que resignarme a que algún beodo o algún provinciano acuda en busca de mis servicios...

—Atended, Prosper. A vos estoy dispuesto a aguantaros cuanta verborrea queráis. Pero no tentéis demasiado al diablo, con divagaciones que no vienen al caso. Quien mucho habla, se pilla la lengua. Y acabáis de compararme a un beodo provinciano, ¡so bellaco!

—¡Líbreme el cielo de tal bellaquería! —protestó Taquín acaloradamente—, ¡Vos sois para mi espejo de caballero andante que.,.!

—¿Volvemos a las andadas, “monsieur” Taquín? Enderecemos el timón y no me llevéis a la deriva. Yo fui al Pont Neuf en busca de vos... ¡callad, diantres! que yo soy el que ahora charla. Fui porque el propio Saint Just me aseguró que en todo el Pont Neuf no había más que un asesor inteligente: Vos. Tate... No os esponjéis como un sapo que va a reventar de orgullo. No hay lisonja cuando me limito a repetir las palabras de Saint-Just. O sea, que no fui ni provinciano

ni beodo. Y ahora, seguid, pero ciñéndoos al viento, amigo mío. Y el viento sopla hacia el duque Retors y no hacia el Pont-Neuf.

—Veréis, señor Lezama. No es divagación el que aluda a mis estudios. Tengo aquí dos manuscritos que he ojeado repetidamente desde hace varios meses a raíz de la aparición del primer muerto que en el cuello ostentaba dos orificios diminutos y tenía las venas exhaustas, con cortes por donde la sangre había huido. Yo presto crédito a los pareceres de los cirujanos de renombre. Y esos dos manuscritos a que aludo, fueron recopilación exacta de las investigaciones de un médico nórdico, qué para refutar la leyenda del vampirismo humano, viajó por tierras de Centro Europa, en especial por las húngaras, donde más extendido está el azote que contra la humanidad representa la credulidad...

—No estáis ante la cámara de medicina en conferencia, Prosper. Golpe a la rueda y orzad con el viento.

—Consentidme una pregunta al señor Diego. ¿Creéis en vampiros, caballero?

—Sé que existen aves nocturnas, que son grandes murciélagos, que para sobrevivir necesitan sorber sangre humana. En eso creo, Pero presumo de de hombre leído, señor Taquín, y por eso refuto la patraña del vampiro humano. Pueden haberse dado casos de locura, que también vi hombres comer madera y pretender que era tierna hogaza... No puedo, pues, admitir la existencia del vampiro humano, a menos que se trate de un caso de locura.

—La locura es enfermedad que toma muchos aspectos, señores. Tengo aquí una copia de una obra de un sabio erudito de los Países Bajos, que divide los desarreglos de la mente en geniales, criminales y malsanos. Loco puede serlo un escultor y es lo-cifra genial Inspirada. Loco puede ser el que mala por compasión a un ser que sufre, hoco malsano... ese es el caso que yo estoy estudiando... No os impacientéis, señor Lezama. Todo cuanto hablo es preciso.

—También lo estimo así, y por eso os escucho como un discípulo aprovechado. Dadle al palabreo, que me vais interesando.

—No quiero alardear de conocimientos que si los poseo, fue porque cuando empezó a circular por París la noticia de que las muertes misteriosas eran obra de un vampiro humano, yo, a título de curiosidad meramente y quizá también impulsado por afán de demostrar que fui merecedor de ser llamado un gran aquilatador de

mentalidades, me enfrasqué en el estudio de lo poco que existe digno de crédito en tan espinosa y ardua materia, como es la aberración insana a que equivale la posibilidad de vampirismo en un semejante nuestro. Descarté los cuentos de aldeanos; descarté la existencia del ave nocturna a qué vos aludís, señor Diego, no sólo por razones de orden climático y por la imposibilidad de que llegara aquí un mamífero de fauna ajena a esta tierra, sino por la sencillísima razón de que los cortes en los brazos no eran obra de animal alguno, sino que bien claramente se advertía que se debían a la acción de instrumento manejado por mano humana. Pude conseguir que los estudiantes de la ciencia médica me dejaran examinar los cadáveres. Oí muchos comentarios. Todos coincidían en reputar extraño que los muertos, fueran varones en la flor de la edad, ni demasiado jóvenes ni maduros y fueran también de viril arrogancia atrayente. Oí que un cirujano sustentaba la opinión do que los dos orificios estaban hechos aposta y sin más finalidad que sumir en el temor de la leyenda del vampirismo a los crédulos ignorantes. Y, señores, si mis estudios no mienten, es cierto que hay un vampiro en París.

—No encalléis, que navegabais bien hasta ahora-intervino Diego Lucientes —. Vos mismo acabáis de exponer sesudamente las razones que os impiden admitir la existencia de un vampiro humano.

—Es que aludí a la locura, para apoyar mi opinión. Hay ciertas enfermedades que originan obsesión de curación en el atacado y éste no siente escrúpulos en recurrir a los peores extremos para recuperar la salud; en general parece comportarse como un ser normal, pero es un perturbado, que arrastrado por su obsesión, puede llegar hasta el crimen. Otra macabra leyenda que por suerte encuentra pocos adeptos, pero que, asoló nuestro continente en pierna Edad Media, fue la que aseguraba que la peste blanca, la consunción de los pulmones, podía curarse ingiriendo sangré roja pletórica de fortaleza.

—¿Dónde vais a embarrancar ahora? —inquirió Lucientes interesado.

—Esta tarde a las cinco en punto, el duque Retors atravesaba los jardines del Palais-Royal. Vi un fantasma y sentí un escalofrío, porque repentinamente, ante la observación de algo real, brotó en

mi cerebro una doble sospecha muy fundamentada. Desgraciadamente, no hablo sin bases cuando afirmo que dada la promiscuidad en que he vivido estos últimos años con míseros depauperados, adivino con prontitud los síntomas de un atacado de peste blanca, en quien está afectado de tan grave mal. Ojeras violáceas, fosas nasales traslúcidas, labios lívidos y palmas sudorosas a la media tarde, a efectos de la fiebre característica. El duque Retors atravesaba unos jardines que por sus estanques y surtidores aumentan aún más la frescura ambiental de otoño, y sin embargo, arrugaba entre sus manos pálidas, un lindo pañuelo de encajes, húmedo de sudores.

—Podía ser el goteo que el pánico provoca en las palmas de las manos —refutó Lucientes—. Nada tengo yo de apestado, y sin embargo en más de una ocasión he sudado copiosamente en plena tarde y aunque me rodeasen témpanos de hielo.

—Pero el duque Retors tiene toda la fisonomía del afectado por tal dolencia, señores. Y repentinamente vi una luz cegadora que estalló en mi cerebro como un polvorín. Era él quien denunció; era él quien ostentaba el síntoma inequívoco de la peste blanca para mis expertos ojos... y como apuntalamiento definitivo... ¡es el hermano de la enmascarada que raptó a los Bussy!

—Tate... Ya tenemos a los tres. Y como antes afirmé, el duque —Retors será el que me dará la clave. Ampliad vuestra deducción, Prosper. Esta misma tarde confesasteis no conocer ni al duque Retors ni a la enmascarada.

—Y así era. Nunca había visto a la que quitado el antifaz, llevó en su carroza frambuesa a los dos Bussy. Tampoco; nunca había visto ni duque Retors. Y esta tarde a las cinco, hace unos instantes, vi que quitando él polvo blanco con que el duque Retors cubre sus cabellos, trenzándolos en la nuca, y aplicando en su rostro la pomada que las damas usan para embellecerse, resultarían unos rasgos fisonómicos muy semejantes a los de la enmascarada. Naturalmente, tan gran parecido, sólo es posible entre hermanos. Por eso afirmo, sin temor a duda, que quizá por razones do extraviado cariño fraternal, la enmascarada es cómplice del duque Retors, y también afirmo que mucho me he de equivocar, si el vampiro que asola París, no es el propio duque.

—Razones que a mí me convencen, Prosper. Pero no las

aceptaría el señor la Bruyére. ¿Vos sabéis cuál es el domicilio del duque Retors?

—No puedo informaros en el acto, señor Lezama. Pero dadme unos instantes. Merodearé por el Palais-Royal y no tardaré en saberlo.

—Tened la bondad de hacerlo. Os aguardamos, mi buen Prosper.

El francés abandonó el aposento y Diego Lucientes cerró tras él la puerta. Adosóse a ella.

—Con lo que científicamente ha expuesto Prosper Taquin, queda bastante más en claro este repugnante asunto, señor. Pero aguardo tus comentarios.

—Por mi cuenta corre lograr los comentarios del duque Retors, pero sigo indignado contra la triste enjundia de esa intriga, que nos obliga a tener por enemigos a dos mujeres. Raquel Youpin y la hermana del duque.

—¿Las crees también responsables directas de los crímenes?

—Por lo que respecta a Raquel, supongo que desde la burla de Rochefort alentaba un odio infrahumano hacia los hombres apuestos y atractivos. En la hermana de Retors, la enmascarada, existe la complicidad perdonable de un cariño extraviado, que en aras de la ignorancia supersticiosa, ayuda a su hermano. Yo he de obtener la confesión del duque bastardo, que me responderá de su principal delito: el daño que haya podido causar a los Bussy.

Para entretener la espera, hojeó Lezama los dos manuscritos a los que había aludido Taquin. Poco después, Lucientes abría la puerta, dejando paso a Prosper Taquin.

—El domicilie conocido del duque es un “pied-a-terre” sito en el extremo Este de la ciudad, en la confluencia de la carretera de posta con la del Pré de Saint-Germain, señores. Me ha sido fácil obtener tal informe, y a la vez he sabido que el duque Retors continúa en palacio. Ha dicho que allí permanecerá hasta las siete de la noche, porque conocedor de la proverbial caballerosidad de los Bussy, estima que debe concederles cierto plazo.

—Perversa sinuosidad con la que sabiendo que no pueden acudir, este loco malsano ratifica la veracidad aparente do su aserto. También nosotros aguardaremos a las siete en la confluencia de la carretera del Pré Saint-Germain.

—Si no os oponéis, señor Lezama —dijo Prosper Taquín-yo iré a

practicar ciertas investigaciones por mi cuenta. Para mí ya es un imperativo inapelable hallar la solución a ese intrincado caso. Os dejo solos, señores deseándoos buena suerte.

CAPÍTULO VIII

Al acecho

A las siete menos cuarto, Carlos Lezama y Diego Lucientes quedaron ocultos entre la frondosidad del boscaje que flanqueaba la carretera que conducía al prado Saint-Germain.

En los setos de la izquierda quedó Lucientes, mientras que el Pirata Negro ocupaba el altillo situado a la derecha, desde donde podía divisar las dos carreteras procedentes de la ciudad, y la casita amueblada, pero por completo desierta, que poco antes habían estado registrando en busca de pista que les condujera al hallazgo de los hermanos Bussy.

Entre las paredes de la casita, no había más que las patentes huellas de un habitante masculino, amante del bien vestir, como demostraban los roperos bien provistos.

Las minuciosas y hábiles pesquisas que hicieron en busca de escondrijos, pasadizos o cámaras secretas no dieron resultado positivo.

Cuando se hizo larguísima la espera, Diego Lucientes, harto de acechar hacia la casita de la confluencia de las dos carretera«, y para apartar su pensamiento del fatigoso tema del duque enfermo, la insana judía y la enmascarada, dedicóse a componer mentalmente estrofas en que la luna era la elogiada.

De pronto abandonó su ejercicio mental, encogiéndose tras el seto que le ocultaba. Una silueta espectral avanzaba por la carretera procedente de la ciudad.

Dominó su estremecimiento al comprender que los flotantes crespones negros, no eran más que velo con el que una mujer cubría sus cabellos y espaldas. El resto del atuendo, también negro, era de terciopelo...

Y Diego Lucientes se encogió aún más cuando reconoció a la caminante solitaria que sin dirigirse a la casita, pasaba de largo ante él en dirección al cercano Pré de Saint-Germain.

Era Raquel Youpin, cuyo rostro anguloso aparecía aún más demacrado bajo los reflejos blanquecinos de la luna.

La judía caminaba sin prisas, y cuando desapareció tras el recodo de la carretera, alzó Lucientes el busto. Desde su escondrijo el Pirata Negro también se incorporó y sus dos manos hicieron una señal fácilmente interpretable.

Diego Lucientes volvió a agacharse, y esta vez se sentó. Maldecía de todo, pero agradecía que el Pirata Negro no hubiese salido en persecución de Raquel Youpin...

A quien esperaban era al duque Retors.

Lo que minutos después sucedió, llenó de estupefacción al madrileño, qué incapaz de reaccionar, sólo pudo quedarse maldiciendo...

Había oído perfectamente él ruido de una carroza que se acercaba al trote de sus caballos. Había visto también el extraño color de los caballos, la carroza y la librea del postillón. Un color sangriento al que los destellos lunares daban mayor intensidad por contraste.

Pero la carroza pasó rápidamente, sin detenerse, tal como esperaba, ante el domicilio solitario del duque Retors, y cuando reaccionó, ya la carroza doblaba el recodo y sólo pudo divisar la figura asida de las ballestas posteriores. Maldiciendo de su tardanza en actuar, comprendió que lo que se le había antojado una sombra fugaz, era la trayectoria del salto con el que el Pirata Negro, desde su escondrijo, habíase lanzado en persecución de la carroza, logrando con su prodigiosa agilidad felina asirse del tren posterior.

Quedóse Lucientes sentado de nuevo, arrancando manojos de hierba.

—Deberías comértela por asno lento y torpón, condenado te veas-monologó irritado —. ¿Y ahora qué? ¿Emprender un trote cochinero y extraviarse por el “Pre” de marras? Aquí debo quedarme, que ya el hidalgo Lezama sabe dónde estoy, y no serán una mujer y un duquesito vampiro, los que le puedan vencer.

Pero aumentó su exasperación al adivinar que en sus propias palabras había un matiz de falta de convicción. Estimaba que para

el hombre que como Carlos Lezama era un juego intrascendente la lucha con fuerzas normales infinitamente superiores, constituía en cambio un peligro verse frente a la confabulación de un endeble bastardo y una mujer, porqué ahora ya no le cabía duda de que el duque Retors o su hermana iban a reunirse con Raquel Youpin.

* * *

Cuando Louis-Gisele Retors abandonó el “Palais-Royal”, brillaba en sus ojos la excitación del vencedor.

Dejaba tras él un asombro que realzaba su prestigio. Los Bussy no habían hecho acto de presencia, ni se tenían noticias de ellos en los sitios que frecuentaban.

El propio duque había solicitado una prórroga en la hora fijada para su comparecencia, teniendo en cuenta las aventuras amorosas de Bussy d’Ambóise y las ocupaciones habituales de Bussy Leclerc; el primero podía hallarse en galante compañía adormecedora, y en cuanto a Bussy Leclerc, podía haber sufrido algún contratiempo en su peligrosa profesión, ya que de todos era sabido que por arrogancia, “repasaba” en su academia las clases que daban sus mozos de espada, manejando acero de punta cubierta con redondel protector, y en cambio exigía a sus discípulos el uso de acero a punta desnuda.

Tal actitud granjeó a Retors la simpatía de los cortesanos que con él aguardaban en las antesalas del “Palais-Royal”.

Salió embriagado por el triunfo de su perversa maniobra, sintiendo un morboso placer que era como recompensa a la astucia desplegada durante años y años para burlar a cuantos le rodeaban, con la doble burla de su atuendo masculino que al ser substituido por el femenino, atraía a sus víctimas.

A pie, y dominando su febril excitación enfermiza, atravesó varias calles. De vez en cuando volvíase disimuladamente, para ver-si los faroles qué de trecho en trecho iluminaban la ciudad, le revelaban la silueta de alguien siguiendo sus pasos.

Tranquilizado, penetró en la escalera de una casa, mientras levantaba el embozo de su capa, y subió los peldaños que conducían a los dos aposentos instalados en el primer piso.

Para la vecindad, en sus comadreos, el lacayo de librea color frambuesa que atendía los dos aposentos y la caballeriza instalada en la planta baja, era criado a1 servicio de la dama, visitada por un

noble que acudía siempre endulzado el rostro en la capa.

Sólo un noble podía sostener el gasto de una caballeriza, dos aposentos lujosamente amueblados, y un lacayo que estuviera permanentemente al servicio de la que moraba en aquella casa.

Algunos vecinos que habían visto salir en ciertas ocasiones a la dama que habitaba la casa, afirmaban que era linda, aunque de frágil aspecto. Pero nadie podía describir al visitante, y con mucha más razón, nadie recordaba haber visto nunca que ambos salieran juntos.

Pero los comentaristas se olvidaron pronto de la casa atendida por el lacayo de librea color frambuesa. Abundaban en París mansiones semejantes, amparando amores que sólo podían desenvolverse en el mayor de los secretos, unas veces por la calidad del caballero enamorado, otras por las circunstancias de la dama.

Y nadie podía suponer que no había más que un personaje que por sí solo formaba la pareja.

Gisele-Louis Retors, en una de las habitaciones, habilitada como alcoba, quitábase la capa, la casaca y cuantas prendas masculinas disfrazaban su verdadero sexo.

Después, cubierto su cuerpo con las galas del atavío femenino, procedía a sentarse ante el espejo para liberar sus cabellos de los lazos que los sujetaban sobre la nuca.

Sus dedos enjoyados ahuecaban los cabellos, a la vez que iban sacudiendo el blanco polvillo que al cubrir su negrura natural, formaba la clásica peluca blanca de los elegantes

El peine de púas de hierro curvadas daba a la abundante cabellera su normal suavidad ondulada, y los bucles negros reposaban sobre los nacarados hombros, que el atractivo escote descubría.

Después, la pomada de aroma de rosas, que ocultaba las violáceas ojeras del duque Retors, que con el complemento de fresas maceradas y ungüento negro iba convirtiéndose en Gisèle Retors, la mujer vampiro.

Y era la desconocida mujer, la que acudía a sus citas con Raquel Youpin en el “Pré” de Saint-Germain. Y era la misma, la que en anteriores ocasiones había logrado fácilmente su propósito ante hombres que deponían toda suspicacia ante la frágil belleza de muñeca enfermiza y delicada de la dama que creían atraída por

amor; la que aguardó en su propio domicilio al barón de Rochefort, e impunemente pudo apuñalarlo por la espalda y satisfacer su vesánica aberración de enferma incurable.

A las ocho menos cuarto, el lacayo de librea color frambuesa, estaba ya aguardando en la carroza. Ayudó a subir a la dama, que se instaló en los muelles almohadones, y subiendo al pescante agitó el látigo.

Por el camino, Gisèle Retors recordaba que el lacayo, oriundo de Hungría, había citado una vez al ángel obligado a ser demonio. La rapacidad del húngaro le aseguraba una fidelidad a toda prueba, porque Gisèle Retors le recompensaba con largueza.

Pronto fue visible en lontananza la casita que en la confluencia de la carretera real con el camino de Saint-Germain, era la morada de Louis Retors, duque del mismo nombre.

Una mueca de satánica ironía distendió los delicados rasgos de la enferma. Tenía el orgullo de saberse, ella, una débil mujer, invencible en sus procedimientos diabólicos, contra todos los hombres y sus cerebros entorpecidos por la superstición y el desconocimiento de su doble personalidad.

Dilató los ojos, enderezando el busto, cuando el bamboleo que el trote de los caballos imprimía a la carrosa quedó interrumpido breves instantes, como si un peso repentino gravitara sobre el tren posterior.

El lacayo no dio muestras de haber advertido nada anómalo, dada su posición. Pero Gisèle Retors, que poseía una extraordinaria facultad de percepción desarrollada a través de su tenebrosa existencia, ladeó la cabeza fingiendo mirar por la ventanilla hacia los tupidos macizos de vegetación que flanqueaban la carretera.

Estaban ya en pleno bosque Saint-Germain, y el lacayo conducía ahora al paso, entrando en el sendero que serpenteaba por el extenso paraje designado con el nombre de “Pré” de Saint-Germain.

El lacayo detuvo la carroza, cuando avanzó frente a los caballos la negra silueta de Raquel Youpin.

Gisèle Retors hizo un rápido ademán y su índice ordenó silencio.

—Buenas noches, Raquel —saludó con su voz normal, que no tenía que enronquecer cuando vestía atuendo femenino.

Descendió de la carroza, aproximándose a la judía. El lacayo seguía en el pescante.

—Daremos un paseo, Raquel, y te contaré menudencias sin importancia.

Raquel Youpin que hasta entornes guardaba silencio, dio un grito, y su diestra señaló tras la espalda de Gisèle Retors. El lacayo alzó el látigo y lo hizo restallar contra la sombra que inopinadamente acababa de surgir tras la carroza, acercándose a las dos mujeres.

La punta del látigo chocó contra la madera de la puerta abierta, y fue un torbellino el que saltando al pescante atenazó al lacayo por la garganta, derribándolo al suelo por el lado opuesto a aquél en que se hallaban las dos mujeres.

Carlos Lezama actuó con celeridad. Cayó encima del cochero haciendo chocar su cabeza contra el suelo, a la vez que su diestra, en golpe de potente contundencia, quebraba la quijada de su atacado.

Se levantó de un salto, seguro ya de la larga inconsciencia del lacayo de la librea color frambuesa.

Todo ocurrió en pocos segundos, y las dos mujeres, que habían retrocedido en impulso indominable, miraron ahora al que, brazos cruzados, inclinó la cabeza en rápido saludo.

—Buenas noches, mis damitas. A vos ya tuve la desgracia de conoceros, Raquel. Pero ahora saludo por vez primera a la deliciosa hermana del duque Retors.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Gisèle-Louis Retors, fingiendo ignorar la identidad del Pirata Negro.

Raquel Youpin, por unos instantes, al verse ante al apuesto español de viril prestancia, había dejado translucir en sus, ojos un intenso odio. EL odio que experimentaba hacia todos los que juzgaba responsables do la burla de Rochefort.

Se dominó ante la frialdad con que había hablado Gisèle Retors.

—Es un español cuya insolencia es ilimitada, Gisèle-dijo con sequedad, aunque su mano diestra luchaba por aquietar los latidos acelerados do su corazón.

—Hermoso nombro el de Gisèle, y os adorna a maravilla —dijo el Tirata Negro, avanzando un paso.

La penumbra, apenas disipada por la luna, difuminaba los contornos de los rostros, pero coincidían los ojos en ostentar un brillo intenso.

—Os oí invitar a vuestra amiga a dar un paseo con la intención de contarle “menudencias sin importancia”.

—¿Me espiabais, acaso?

—A vos, precisamente, no. Aguardaba a vuestro hermano. Pero en fin, consentid que me inmiscuya en esta charla, sin importancia aportando algunas menudencias.

—Habéis descalabrado a mi lacayo.

—Una menudencia sin importancia.

—Ceded el paso a dos damas, si sois galante.

—Mi galantería tiene un límite que no admite que me confundan con una alfombrilla en la que limpiarse las suelas, aunque sean de chapines. Deploro cuanto ha sucedido, que ahora me obliga a sentirme autoritario.

—¡Llamaré en nuestro auxilio!

—Los búhos os responderán, y los ruiseñores querrán competir con vuestra voz. Habéis elegido un paraje muy discreto, al igual que el domicilio de vuestro hermano, el duque Retors. Por el instante, esta carroza queda inutilizada, porque desobedeciendo la, voz de mi cortesía, no ocuparé pescante de cochero; me incumbe la enojosa misión de pastor de hienas descarriadas. ¡No lo intentéis, Raquel!

Y sin miramientos el Pirata Negro asió el brazo que raudo se dirigía hacia su pecho, armado de corto puñal agudo. Le torció bruscamente y si acerado estilete cavó al suelo.

Raquel Youpin reprimió un grito de dolor, muy femenino y humano.

—Maldito sea el autor de toda esa macabra intriga que me obliga a comportarme como un rufián! —masculló el Pirata Negro, soltando el brazo femenino.

—¡Lo eres! —musitó Gisèle-Louis Retors—. Somos dos mujeres indefensas.

—Culpables de ayudar a un loco en sus desvaríos monstruosos.

—¿Qué insinuáis? —preguntó Gisèle altivamente.

—El loco malsano es vuestro hermanito, y os ruego que me precedáis, Gisèle. Y vos también, Raquel.

—¿Qué intentáis hacer con nosotras?

—Pastorear conduciéndoos hacia el domicilio del duque. Tengo apostado a mi amigo en la cercanía de la casita donde seguramente se fraguó la criminal intriga que debía ponerle al alcance del

verdugo pagando culpas ajenas.

—¡Nos negamos! —alardeó Gisèle.

—Tate... ¿Qué hará el buen pastor cuando descubre que la oveja es hiena y quiere lanzarle mordisco? Me temo que olvidará los conceptos elementales de galantería y acudirá al palo. Por vez primera en mi vida sentiré algo muy parecido a vergüenza, pero os aseguro, y no dudéis de mí palabra, que si no echáis a andar dócilmente, el látigo del postillón fustigará, ancas que no son de yegua.

—Vamos, Gisèle-dijo Raquel majestuosamente —. Es un ser odioso, inclinado a calumniar, a cometer desmanes, y a no respetar la condición de mujer, como ya me demostró.

Las dos enlazaron sus brazos, y empezaron á andar. El Pirata Negro, tras ellas, aunque llevaba en la diestra el látigo, sentíase irritado por su actitud.

—Mi primera calumnia consiste en reconocer que parecéis mujercitas de seso bien equilibrado. Y bien os consta que no lo sois, puesto que una por odio, y otra por cariño mal interpretado, ayudasteis en sus crímenes al que ahora veré.

Ellas aceleraron el pasó, y siguió el Pirata Negro en silencio. Llegaban ya a las cercanías de la.casita, y Lezama, tras silbar varias veces inútilmente, sintióse algo desazonado al no recibir idéntica respuesta de Lucientes.

Debía haberse marchado, pensó con enfado. Desenvainó y pasando la hoja por entre los dos cuellos femeninos empujó la puerta que había dejado abierta tras, el registro.

—Entrad, señoras mías. Id recorriendo las habitaciones, precediéndome.

—Valentía de hombre que espada en mano se sirve de nosotras como de escudo —pronunció despectivamente Raquel, encendiendo las linternas por las habitaciones en que iba entrando.

—Los hombres no tienen obligación de demostrarlo ante quienes olvidaron su condición de Eva... ¡Y cien mil sapos y culebras! —acaloróse el Pirata Negro—. Basta ya de actitudes acusatorias. ¡Sentaos!

Señaló el diván que aparecía en el fondo de la última habitación que visitaron, y él quedóse en el umbral, observando de soslayo el corredor.

—Supongo qué no ha de tardar el maldito duquesito, y espero que el madrileño, principal interesado en todo esto, sabrá echarle el guante, si se dispone a reunirse con vosotras en el prado.

Gisèle Retors y Raquel Youpin, sentadas ambas en el diván, ofrecían el aspecto de dos vírgenes ultrajadas... —

—¿Por qué odiáis a mi hermano? —inquirió Gisèle.

—No le odio, sino que le tengo asco como a un bicho repulsivo que debe ser aplastado. Si la peste blanca asolaba sus pulmones, no era esté motivo suficiente para matar, y... dedicarse a ingerir sangre humana. Repulsivo y nauseabundo. He desfilado por entre cadáveres y he pisoteado charcos de sangre. Sangre roja y brava de combatientes; sangro que hablaba de vitalidad... Tate-y el Pirata Negro se interrumpió, absorto en la contemplación del rostro de Gisèle Retors, que se contraía en un espasmo incontenible y aparecía siniestramente desfigurado.

No era ya la frágil muñeca, sino una mujer de infrahumana locura. El Pirata Negro sintió un estremecimiento, y colérico consigo mismo, cruzóse de brazos.

—¿Qué diantres es eso? ¿Trío de fieras dañinas?

Raquel Youpin, con las manos abiertas, palmeó varias veces el dorso de las de Gisèle Retors.

—¡Tú tienes la culpa, con tus horrorosas descripciones! ¡Has provocado en mi delicada amiga un ataque de fiebre!...

Gisèle Retors echó la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo del diván. Parecía haberse desvanecido, pero sus párpados blancos y cerrados, la contracción de sus labios lívidos, y la vibrátil sacudida espasmódica de sus fosas nasales, sumió al Pirata Negro en confusión.

—¿También ella?.. —y más que preguntar pensaba en alta voz.

Sin poderlo remediar, impulsado por su caballeresco carácter, avanzó para prestar auxilio a la que suponía accidentada. Y una impresión jamás experimentada, paralizó sus músculos, cuando como una víbora enhiesta, silbando anhelosamente entre dientes, desfigurado el rostro en mueca de satánica vesania, y con los ojos dilatados en risa impresionante, Gisèle Retors se abalanzó al cuello del Pirata Negro, hincándole salvajemente los dientes en la garganta.

Echóse hacia atrás Lozanía en rápido movimiento instintivo, mas

paralizado ante e1 horroroso espectáculo, sus brazos quedaron colgantes; apenas se dio cuenta de lo que sucedió luego, pues lo que suponía la mano helada de Giséle Retors era un pañuelo empapado en un líquido de fuerte acción narcótica. El mismo líquido cuyo solo efluvio aromático había hecho desvanecerse al atlético Bussy Leclerc.

Vaciló unos instantes el Pirata Negro, como un toro apuntillado. Sacudió la cabeza, para despejar la pesadilla que se le antojaba el reciente suceso. Dobló las rodillas, y cayó extendido de bruces. De su garganta manaba un hilillo de sangre, en el lugar en que dos semicírculos amoratados señalaban el mordisco de la enferma.

Giséle Retors dejóse caer en el diván, temblando a efectos de su ataque de furia... Raquel Youpin la enlazó por los hombros con cierta autoridad protectora.

—Ya pasó, Giséle... —dijo con voz pausada—. Mientras recuperas las fuerzas, te explicaré lo que a mi juicio debemos hacer. Ir a la carroza, y transportar en ella al hombre cuya vida me pertenece. Será mi iniciación. Recuerda que así me lo prometiste cuando mataste a Rochefort.

—Y así será, Raquel. Esta noche... también Bussy d'Amboise morirá... Pero los cadáveres tendrán que desaparecer, para no ser hallados nunca. Podrían relacionarlo conmigo, y yo, duque Retors, no puedo abandonar París,

Levantáronse ambas, y por espacio de un minuto miraron al hombre que yacía de bruces, narcotizado.

Y se enlazaron como dos serpientes amedrentadas cuando por el corredor avanzaron impetuosamente algunos mosqueteros a cuyo frente iba Roger Grinchon.

El adusto capitán personificaba la estatua de la más expresiva repulsión cuando tendió un índice acusador hacia las dos mujeres.

—¡Sin miramientos! ¡Encadenadlas! —y, dejándose llevar de un dramático impulso, levantó la diestra en ademán de abofetear—. ¡Perversas e infernales criaturas!... ¡Lleváoslas antes de que olvide quien soy!

Los mosqueteros demostraron que, aun siendo hombres que tenían fama de no temer ningún peligro, experimentaban la misma sensación opresiva que asalta al hombre viril ante un espectáculo monstruoso.

Y era monstruoso el forcejeo en que, perdida toda feminidad, las dos presas, ya encadenadas, tenían apariencia de fieras malignas...

Roger Grinchon arrodillóse junto al Pirata Negro, y su diestra posóse en la frente y después en el torso.

M. de Saint-Just y Georges La Bruyère entraron, en compañía de Prosper Taquin.

—Teníais razón, Prosper-dijo La Bruyère, condescendiente —. Vuestro consejo de ocultarnos tras la casa, en espera de los acontecimientos, ha surtido el efecto apetecible. Nuestros testimonios, unidos a los de seis bravos mosqueteros, demostrarán al rey que los Bussy nunca mienten.

—Pero, y ellos ¿dónde están? —inquirió Grinchon, alzando la cabeza.

—El duque Retors, esa mujerzuela, y Raquel, hablarán bajo tormento.

—Eso es —y Diego Lucientes entró, riendo zumbonamente—. Tormento a todo pasto... por los muchos sudores que pasé. No son dos mujeres, sino dos harpías. Habéis sido un gran asesor, señor Taquin. Cuando os vi aparecer a todos vosotros andando cautelosamente, después de que el hidalgo Lezama saltara a la carroza, sentí, de momento, ardientes deseos de poner pies en polvorosa. Ahora que ya hemos oído cuanto dijeron ellas, todo ha quedado solucionado.

—Los hermanos Bussy... —empezó a decir Grinchon.

—No os inquietéis. El hidalgo Lezama dará con ellos. Os lo garantizo.

Y admitidme un consejo. No creo que al despertar de su modorra le agrade al hidalgo hallarse ante testigos.

—Muy comprensible, aunque no hay humillación en que una mujer vampiro venza a un valiente-dijo Grinchon, poniéndose en pie —. A mí que me den leones, pero huiría de víboras.

Diego Lucientes, reprimiendo la sonrisa irónica, aceptó el fuerte apretón de manos con que le obsequió La Bruyére. Con más cordialidad estrechó la diestra de Saint-Just y abrazó a Prosper Taquín.

—Iremos a despedirnos-prometió, ante las insistentes peticiones de La Bruyére.

—Hacedlo, porque os debemos desagravio. ¿Tenéis la certeza de

que el hidalgo Lezama podrá hallar a los hermanos Bussy?

—Absoluta certeza. Tanto es así, que ruego pospongáis el interrogatorio de las dos… mujeres, hasta mañana al amanecer, así como el del lacayo.

Cuando se hubieron ido los representantes de la Ley, Diego Lucientes levantó en vilo, con esfuerzo, al Pirata Negro, y lo acomodó en el diván. Instalóse frente a él, en un sillón.

Pasaron dos horas, en las que el madrileño, esfumada ya la pesadilla de aquel misterio abracadabrante que rodeó su estancia en París, notábase de buen humor.

Tarareaba una canción marinera aprendida en el Caribe, cuando se interrumpió, al oír la conocida voz del Pirata Negro:

—Éramos tres damiselas aquí, estudiante. Yo, Raquel y Giséle. ¿Dónde están ellas?

—Te dio narcótico la Giséle del demonio, señor. Ella y el duque Retors eran la misma persona. Prosper Taquín logró que La Bruyére y Saint —.Just acudieran aquí. Tuvo intuición, y adujo razones que convencieron al secretario para que, en compañía de varios mosqueteros, pudiera oírse tu privada conversación con el duque Retors. Ha terminado todo.

—Yo, desmayándome como una doncella anémica. ¡Horrible, señor Lucientes! Ridículo…

—Si te hubieras desmayado de amor, quizá. Pero ante un pañuelo de encajes impregnado de soporífero y manejado por damita, era tu obligación perder el sentido. Así fue posible que las dos… harpías hablasen entre ellas.

Púsose en pie Lezama, palpándose el cuello.

—¿Los Bussy?

—Mientras irrumpían los mosqueteros me cuidé del lacayo, señor. Tiene la mandíbula rota, y le costó trabajo hablar… Lo hizo cuando le prometí que le iba a insertar una astilla entre la piel y cada una de sus uñas. Tuvo tan sólo que pincharle en el pulgar, para que vaciara el saco. Tú y yo somos los únicos en conocer dónde se hallan los Bussy: en las caballerizas de una casa, que servía a Retors para sus transformaciones. No han sufrido daño…

Escupió el madrileño con mueca de repugnancia.

—Estaban destinados a especial banquete esta noche…, donde tú hubieras sido también un plato fuerte.

—¿No estabas tú al acecho?

—Gracias. Te juro que por un instante, cuando la vi saltar a tu garganta como... no sé qué, ¡repámpanos!..., Hubiera entrado por la ventana desgarrando telas y emprendiéndola a puñaladas con las dos... Pero al ver que no corrías más peligro, fui a conversar con el lacayo de la librea color frambuesa.

—No tardaré en olvidar todo esto más tiempo del que empleen en cicatrizarse los pequeños rasguños de mi cuello... Ha sido un episodio infecto de mi existencia. Ahora, vayamos a por los Bussy.

En el umbral esperaba un mosquetero asiendo por la brida a dos caballos. Saludó con amplio ondear de chambergo, chocando los tacones...

—¡A la orden! —declamó la vista a lo alto—. ¡Capitán Grinchon ruega aceptéis estos dos caballos que el coronel La Fournaise pone a disposición do los hidalgos Lezama y Lucientes!

—Transmitid nuestro agradecimiento al señor coronel. ¿Dónde hemos devolverlos?

—El capitán Grinchon Insiste en que, como obsequio al cuerpo de mosqueteros reales, os dignéis cabalgar esos potros hasta que cesen de ser útiles, mis caballeros... —exclamó el mosquetero, enfáticamente.

Saludó de nuevo con arrogancia, y tendió después la diestra, alejándose, tras intercambiar sendos apretones da»«nos.

—Todo son ahora agasajos... —dijo Lucientes con sorna—. Caballos, apretones de dátiles, palabras finas...

—Que no te amargue nunca la ponzoña del rencor, estudiante. *¡Ale, hop!*, que dicen loa jinetes franceses-y, a la par que hablaba, montó el Pirata Negro —. A todo galope hacia los Bussy.

Fue un galope alegre y desenfrenado, como un ejercicio de desfogue para disipar el malestar de los recientes sucesos.

Descabalgaron frente a la casa que indicó el lacayo al ser interrogado por Diego Lucientes.

—Los Bussy son suspicaces y quisquillosos, señor Lucientes. Tendré que hallar fórmula que aquiete su humillación.

En las caballerizas, rodeados los brazos y las piernas por cadenas empotradas en la pared de un cuarto destinado a establo, Bussy d’Amboise y Bussy Leclerc sostenían un diálogo que, por encima de la inedia puerta a la que forzosamente volvían la espalda, fue oído

por los que avanzaban silenciosamente, porque la paja amortiguaba sus pasos.

—...hablando de la loca, ¿no te parece que debemos obligarla a que confirme que tuvo la culpa de que no pudiéramos acudir a la cita?

—No pensarán más que lo sucedido. Que sólo una mujer pudo vencer a los dos Bussy.

El Pirata Negro y Diego Lucientes retrocedieron de puntillas, y salieron al exterior do la caballeriza. Lezama propinó varios puñetazos sonoros a la puerta, y, empujándola con violencia como si acabara de forzarla, irrumpió, seguido de Lucientes.

Bussy d'Amboise y Bussy Leclerc volvieron las cabezas.

—¡Hola, hola! ¡He aquí a nuestros españoles! —bramó Leclerc.

Lucientes desencadenaba a d'Amboise mientras Lezama hacía lo mismo con Leclerc.

—¡Fue una mujer! —chilló D'Amboise.

—Idéntica aventura me sucedió, señores Bussy-fue diciendo el Pirata Negro —¿Quién desconfía de una dama? Nunca tal cosa hará un caballero de virilidad harto renombrada. Me colocó ante la nariz un maldito pañuelo de encajes y perdí el sentido.

—¡Vaya, vaya!... —rió D'Amboise puerilmente, encendido el rostro, de satisfacción—. Conque también a vos, ¿eh? Nos pierde, nos pierde la galantería.

—Nos liberaron los mosqueteros de Grinchon-aclaró el Pirata Negro —. No sabían dónde estabais, señores Bussy. Nosotros logramos averiguarlo, y nos dijimos que teníamos que veros antes de partir.

—¡Me debéis cuatro asaltos, señor español! —vociferó Leclerc,

—Inmediatamente que vos me lo indiquéis, que ardo ya en deseos de asimilar vuestras enseñanzas a cambio de algún truco que yo pueda conocer.

Bussy d'Amboise besóse la punta de los dedos, enviando un suspiro a lejanos paisajes del Perigord.

—Mi Caline espera que me reúna con ella. Vayamos los cuatro a ver al rey. Si se ha atrevido a dudar de nosotros, ¿qué le haremos, Bussy Leclerc?

—Luis es incapaz de tal tontería. Le retiraría mi amistad, si sólo un segundo hubiese albergado en la mente la menor duda.

—Puedo afirmaros, señores Bussy, que el rey no estaba intranquilo. Creo que dijo que el señor D'Amboise se olvidó, en los brazos de una bella, de que debía comparecer.

—¡Bravo por Luis! Procuraré no rebatirle tal suposición. Y de mi hermano, mi mayor, ¿qué dijo?

—Que donde un Bussy tiene que ir, el otro no va, esperándolo. Nuevo lustre ha adquirido un blasón que no lo necesitaba, señores, porque la nobleza de un Bussy no tiene rival.

Ambos Bussy miráronse, y, por fin, D'Amboise dijo:

—Bueno. Puedes tú decirlo, Leclerc, que eres mi mayor.

—Entonces... creo que hemos decidido, mientras estábamos aquí, descansando, que hay españoles que merecerían tener el nombre de Bussy.

Y aquella concesión fue la máxima y única claudicación de los hermanos Bussy. Bussy Leclerc tuvo sus cuatro asaltos, y Lezama supo combatir a fondo, porque lo requería la espada de su estrábico contrincante.

Bussy d'Amboise partió hacia el Perigord, a reunirse con su zíngara. Cuando se anunció que en plena plaza pública serían quemados los cuerpos vivos de las dos mujeres vampiro, Carlos Lezama y Diego Lucientes abandonaron la capital francesa.

Se despidieron de Saint-Just, que les prometió dar empleo a Prosper Taquín.

Y Bussy Leclerc, melancólicamente, se estiró la larga nariz, mientras los dos españoles montaban a caballo.

—Espero que no me haréis una grave ofensa, señores españoles, cual sería la de no venir a visitarme inmediatamente cuando volváis a París.

—Si volvemos, vos seréis el primero. Y si no, tened por cierto que los hermanos Bussy vivirán en nuestro grato recuerdo.

Picaron espuelas Lezama y Lucientes, y ya lejana la capital francesa, el madrileño puso al trote su caballo, bota con bota junto al Pirata Negro.

—Pútrida aventura ésta, señor, que nos dio por enemigas a mujeres que no merecían el ser consideradas...

—¡Arría velas, señor marqués! ¡Vamos a lomos de corcel a Burdeos!... ¡Y a lomos del "Aquilón"!... ¡¡rumbo al Caribe!!

Estalló la alegre carcajada del estudiante, que ya dio por

olvidado el trance pasado.

—¡¡Rumbo al Caribe!! Es curioso, señor. Añoro el mar antillano, donde, en los susurros del viento, hay sal de hombría y vinagre de bandido. Allí la pelea es brutal, pero entre hombres de pelo en pecho...

—¡¡Rumbo al Caribe!!

Y alzando la diestra en brusco ademán, el Pirata Negro encabritó su caballo, lanzándolo a todo galope por la ruta de Burdeos seguido de Lucientes.

Era la despedida al continente. Y los caballos galopaban briosamente, como si estuvieran contagiados del afán de sus jinetes, en poner la mayor distancia entre ellos y la ciudad donde anduvo la mujer-vampiro.

También, quizá, en la alegre galopada había el anhelo de cambiar de ambientes y verse de nuevo en el proceloso mar antillano, lleno de asechanzas y peligros, pero sin perversidades, porque el mar y el sol servían de suelo y techo a los luchadores del Caribe.

¡¡Tres joyas de la moderna literatura de aventuras!!



TITULOS PUBLICADOS

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El Leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
19 — La tumba de los caballeros.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.
29 — Contra viento y marea.
30 — Manopla de terciopelo.
31 — El caballero errante.
32 — Sucedió en Sevilla.
33 — La tizona toledana.
34 — Máscara de flores.
35 — Angus el tenebroso.
36 — La furia española.
37.—Dos españoles en París.
38.—Intriga macabra.
39.—La mujer vampiro.



UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO

El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

TITULOS PUBLICADOS

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.



Con sus superhumanas proezas, será muy pronto el héroe de todos preferido.

TITULOS PUBLICADOS

1 — La muerte llama a la muerte.
2 — La mano del cadáver.
3 — La tumba del Gran Duque.
4 — El garito siniestro.
5 — El fantasma del castillo.
6 — El traidor Kovarski.
7 — Progrom sangriento.
8 — Los piratas del Mar Caspio.

Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas... amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... son las características de estas tres obras excepcionales en su género, que presenta

EDITORIAL BRUGUERA

Un volumen quincenal, sólo cuesta TRES PESETAS